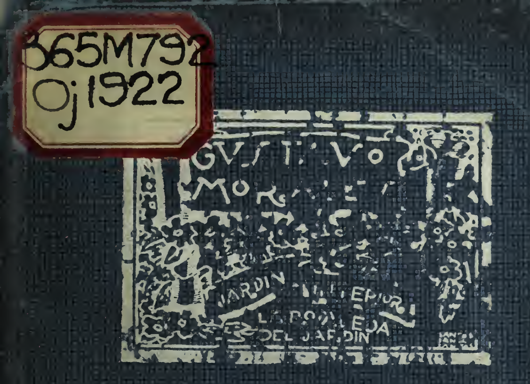

365M792
Oj1922
JARDIN
DEL JARDIN





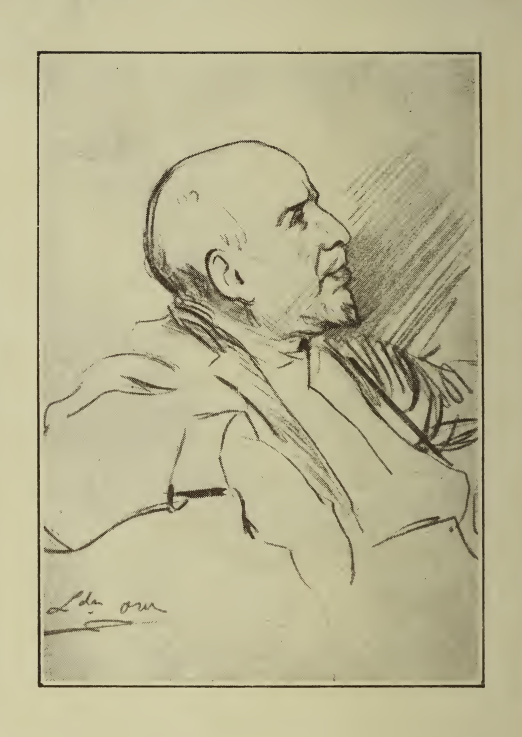
OBRAS DE GUSTAVO MORALES

LITERARIAS

Leyendas para el siglo XX.
Figuras de cera. (Novela).
De mi huerto. (Novela).
El indiano de Valdella. (Novela).
Amor, amor. (Novela).
Lucha sin tregua.
Narraciones.
Toledo.—Añoranzas.
La Montaña.—Añoranzas.

DIVERSO

La teoría de la evolución.
Campañas políticas.
Jardín interior.



GUSTAVO MORALES

Jardín interior

SEGUNDA EDICIÓN



MADRID
IMP. GRÁFICA UNIVERSAL
1922

Je n'aurait du écrire sur la philosophie qu'en latin pour les initiés; on risque trop de faire du mal aux autres.

H. TAINE

Escribo este libro por ser el único medio que tengo para comunicar mis ideas a un número considerable de personas que, seguramente, ignoran mi nombre, y, no obstante, cualquiera sea el punto del planeta donde habiten, cualquiera sea la lengua con que se expresen, conviven mis amarguras, mis desalientos, mis vagos ensueños y mis esperanzas inciertas.

En el transcurso de los siglos y en los tiempos presentes, muchos, como yo, escalaron penosamente estas cimas abruptas, descubrieron los mismos dilatados horizontes y sintieron asimismo la intensidad hostil de este frío, vencedor per-

durable, de las formas complejas de la vida.

Pocos, muy pocos, nos quisieron referir sus impresiones con alguna sinceridad. El mismo libro ha servido a los más como un disfraz carnavalesco para presentarse a la posteridad con el aparato de todas las vanidades mundanas.

No ser y sobrevivirse, no ser y perdurar, no ser y quedar en el recuerdo borroso de las gentes como monigote de piedra o bronce, en académica postura; no ser y quedar en el libro como ser extraordinario, anormal, con algún milímetro de estatura social por encima de sus coetáneos.

Dejar de ser, y seguir siendo todavía. Disolverse en el todo, y afirmar al mismo tiempo una fisonomía particular, privativa, distinta, personal.

¡Insensatos!

Si yo buscara otro fin que la propia estimación, dando rienda al deseo de exteriorizar mis pensamientos, tampoco escribiría estas páginas sin éxito literario posible.

El monstruo informe, la multitud, necesita ser grosera y toscamente adulada; proteje y eleva a sus fieles concediéndoles a un mismo tiempo popularidad y provecho. Todós y cada uno de los imbéciles que la componen, se sienten personajes agradeciendo el halago. Las nubes de incienso producen verdadera embriaguez.

Los Mecenas esparcidos por el mundo son, generalmente, tan agradecidos como las multitudes, y menos exigentes; pero yo he convenido conmigo mismo, desdoblando mi personalidad para este

y otros fines, en ser mi propio Mecenas.

Careciendo de la flexibilidad de espinazo indispensable para las zalemas, no quiero llamar de puerta en puerta, ni hacer antesalas con la indumentaria relumbrante, pero molesta, de los mendigos de honores y mercedes; ni se aviene con mi temperamento el andar de tugurio en tugurio en mangas de camisa o con la honrada blusa, que, por muy honrada que sea, no me abriga lo suficiente, ni estoy hecho a llevarla.

Para las representaciones de la farsa de la vida, el empresario tuvo la bondad, que le agradezco, de concederme una butaca en la fila segunda del Gran Teatro, y encuentro el espectáculo interesante, aunque demasiado breve para formar atinado juicio. Mis convecinos, los de las localidades más próximas,

siempre que no les moleste en lo más mínimo, son bastante agradables; siendo la mayor parte rollizos ejemplares de la fauna burguesa.

Algunas veces vuelvo la cabeza para mirar las últimas galerías, donde tantos se apiñan y con frecuencia gesticulan y dan gritos, revelando el mal humor y la impaciencia propia de la molesta situación que ocupan, y oigo cerca de mí, precisamente a los que disfrutan los mejores palcos y butacas, la indignación que les causan los rumores y protestas de los que se quejan de la mala localidad que les corresponde en el espectáculo.

Unos pretenden que se apacigüe a palo limpio a los alborotadores; otros, sencillamente, que les pongan una mordaza, no faltando quienes les envían de

tiempo en tiempo mensajeros elocuentes y hasta melifluos, asegurándoles que a la salida tendrán un premio precisamente los que ocupen las peores localidades; y los hay más humoristas todavía que les aseguran, por otros mensajeros menos atildados, que confíen en la próxima construcción de una nueva sala de espectáculos, que ellos dirigirán, donde todas las localidades serán excelentes, todas a gusto del deseo de cada cual.

Procuraré en este libro reflejar con la fidelidad posible lo visto y sabido por mí, lo que hay en mi pensamiento y en mi corazón.

Una cinta de fuego ciñe mi frente; las zarzas y los abrojos del camino rasgaron mi carne. Todo no puede decirse ni explicarse: el lector ha de saber colaborar conmigo para traslucir la finalidad.

Amo la verdad, quiero decirla, no quiero ser esclavo de ningún convencionalismo. No obstante, por respetos a mí mismo y a los demás; por consideraciones debidas a los que no pudieron salir intelectualmente de la aldea donde nacieron y no conocen más que un campanario, no presentaré la verdad desnuda.

Por otra parte, la desnudez total no es artística. En la misma tabla de mármol

del anfiteatro se cubren con un lienzo los despojos humanos.

Decían los antiguos que la naturaleza tiene horror al vacío. La frase cayó en desuso con la ciencia de entonces; pero sí puede afirmarse que, hoy como ayer, el hombre tiene miedo a la verdad.

Delante la tienes; se cubre el rostro con un antifaz, fulguran los ojos en las negras órbitas; basta extender la mano, hacer un movimiento, arrancar el pedazo de realidad negra que la oculta... Nuestros brazos están caídos, la voluntad no funciona...

No cabe más luz en un cerebro que la que puede penetrar por las angostas pupilas, un tanto veladas por la sombra de las pestañas, y vemos mejor cuando

se cubre el azul del cielo con el toldo grisáceo de las nubes.

La intensidad luminosa ofusca; las grandezas hay que diluirlas, darlas en dosis infinitesimales para que ejerzan una acción provechosa en el organismo.

¡Los mitos, las parábolas, son otra cosa que adaptaciones para todos, de lo que sólo entienden, saben y conocen unos pocos!

La unidad del yo es una afirmación; pero esa unidad no es un punto, es una línea, mejor todavía, un cordón sedoso de múltiples fibras, uno de cuyos extremos es el nacer, otro el morir. Más allá del morir lo prolonga idealmente el deseo, y aun el convencimiento de los mejores, que, al comparar la vida a los ríos, parten del hilo cristalino del origen, de la fuente, hilo que con otros se va

tejiendo y tejiendo, y engrosando en el transcurso del tiempo, que es el equivalente al espacio, y una vez río caudaloso, va recogiendo imágenes de cielos, de nubes que los cruzaron, soles encendidos, puntos luminosos, cintas plateadas, que los días y las noches estamparon en su dorso cristalino. Y también con los hilos del nítido cristal se enrollaron otros más tenues, bermejos, porque fueron gotas de sangre; alcalinos, porque fueron lágrimas; y las ondas vibraron con el viento, que las fustigó con violencia, o las acarició mansamente, y acaso se estremecieron al sentir tenues rumores al pasar al pie de las cabañas; suspiros y cantos maternales, y ayes de dolor, y vaho humano...

¿Y dónde puede ir toda esa corriente, suma de tantas excelsitudes, sino a lo

más excelso y sublime, a lo que por su grandeza, en lo material, llamamos océano, que puede beber, sin saciarse, el agua de todos los ríos, y en lo moral, es la palabra, que todo lo explica, todo lo comprende, la única que puede ser tan grande que en su grandeza puedan, sin alteración, sumarse, y no perderse, todas las grandezas, todas las excelsitudes?

DIOS

La Vía Láctea, polvo luminoso de millares de millones de lejanas estrellas. El universo que conocemos, este archipiélago de mundos, un esferoide muy aplanado, en cuyo ecuador la vista encuentra más dilatada extensión poblada de islas luminosas. Con el telescopio voy aclarando términos: lo que era compacto a la vista, es una red con nudos luminosos, y luego nada, el espacio sin límites.

La eterna esfinge.

En el universo moral, veo muy lejano un gran resplandor; me abstraigo, aparto del pensamiento, en lo posible, por un esfuerzo de voluntad, lo que en-

turbia la vista, lo que disminuye su alcance. Con esta escala de Jacob debe llegarse a lo más alto. Subo peldaño tras peldaño; la altura me desvanece, mi espíritu no puede sostenerse más: desciendo, caigo, mejor dicho, a la realidad.

Inútil fatiga la del pensar: del fondo del valle a la más excelsa cumbre, la diferencia es cero con relación a lo infinito.

El desaliento se apodera de mí, y, sin saber por qué, comparo mentalmente la cantidad de dulzura que supone toda la miel que labran las abejas y el amargo que contienen los mares.

Soy creyente, fervoroso creyente. Sin la luz y el calor solar, no concibo la vida terrenal. Sin Dios, no concibo el propio pensamiento, ni forma, ni color, ni anhelos, ni ideas, ni memorias, ni finalidad

en nada. Se desgrana todo, se desorganiza, deja de ser. Sin Dios, la afirmación de mi propia existencia carece de fundamento.

La gravitación me prueba a mí, por modo evidente, lo material de mi organismo; pero la tendencia de mi pensamiento hacia la altura, a investigar el porqué de todo, a penetrar en la sombra buscando la divina claridad; esta gravitación a lo que es bien, a lo que es bello, a lo que es verdadero; este innato desprecio a lo que es malo, y deforme, y falso, ennoblece mi origen, me afirma en la creencia de mi propio ser y de mi progenie excelsa, como afirma la clara linfa que surge del manantial en el valle, que de arriba procede, que fué vapor en la nube y se condensó en la cúspide de la montaña, donde fué nieve.

La vida no es, no puede ser el castigo más cruel que pudo imaginarse: dar la luz y arrancar los ojos, oir la armonía sublime de la vibración de las cosas y del palpitar de los seres, para ser condenado a perpetuo silencio. Amar con tal intensidad que la propia vida nada valga ni signifique, comparada con el deseo de ver felices a los nuestros, para en definitiva apartarnos, con mano brutal, de todo y de todos, y luego resignarse a besar humildes, la mano que así nos castiga...

La vida no es una bendición, bien puede afirmarse.

No puede ser, no debe ser un castigo ni una venganza.

Luzbel sería lo único digno y razonable entonces... pero esta conclusión es sencillamente absurda.

Pero vuelta a caer despeñado hasta el fondo del abismo, al considerar la suma de dolor humano acumulado en tantos siglos para formar el pedestal de lo divino.

Huyendo de mi propio pensamiento, suspendí la labor de este libro apenas empezado.

Era una noche de estío; desde la terraza de mi casa montañesa se abarca con la vista grandiosa extensión. La tierra dormía envuelta en sombras, los grandes árboles formaban grupos de aun más densas sombras, que hacían más negra la negrura de la noche.

Arriba, el cielo inmenso cuajado de rutilantes estrellas. ¡Cuántos lejanos soles análogos al nuestro! ¡Cuántos planetas invisibles para nosotros girando en

torno! ¡Cuántas colmenas de seres condenados por leyes fatales, inexorables, a formas transitorias del vivir, afirmando el no ser perdurable!

¡Qué razón posible justifica tan despiadada tragedia! El ángel rebelde, con sus negras alas, ensombrecía mi frente.

Por un esfuerzo supremo de la voluntad, logré desposeerme de mi propia razón, y tornando a ser creyente fervoroso, doblé la rodilla, incliné la cerviz, y haciendo acto de contrición, recité con labios temblorosos las oraciones con que de niño me adormecía mi madre adorada.

En la vida, la fe es de absoluta necesidad; precisa creer, desde luego en nosotros mismos, en la realidad del mundo en que vivimos, en la unión del hoy con el ayer, conservando el yo, distinto de todo y de todos.

La distinción del yo con todo lo que nos rodea y se diferencia del yo, es algo con apariencias de sustantivo. El espacio y el tiempo también son algo sustantivo desde que el yo se afirma, porque afirmación es trayectoria, y trayectoria es movimiento, y el llegar a ser no tiene otra afirmación posible.

Pero queremos dar un paso más, y toda nueva afirmación es ya caprichosa, falaz.

La razón, incapaz de conocer ni el yo ni el objeto, tiene potencialidad suficiente para desvanecer con el análisis toda realidad posible. El yo, ¿vive con propia vida? ¿Es resultante del organismo? ¿Puede existir sin el verbo?

El verbo, ¿es innato? ¿Cabe pensar sin el ropaje de las palabras?

El lenguaje es el instrumento *sine qua non* de la idea, y puede considerarse como creación puramente sensual, y, por tanto, sujeto a un proceso evolutivo, como todo lo que procede de un organismo.

Tuvo su edad de piedra en el lenguaje monosilábico; su edad de bronce en el lenguaje de aglutinación; su edad de hierro en el de flexión. Lo que fué grito emocional ha llegado a ser, por evolución secular, el sanscrito, y el griego, y

el latín, y los modernos idiomas, mediante los cuales pueden expresarse los más delicados matices del pensamiento, y tener ritmo musical, y ser emoción y afecto, y amor humano y oración cristiana.

¿Fueron aquéllos seres de otros tiempos menos que hombres? ¿Serán los del mañana más que hombres? ¿Está el verbo en nosotros, y con nosotros convive, y hasta circunda nuestras sienes con el nimbo de los espíritus inmortales?

¡Que angustia ver desfilar los siglos, y dibujarse ya esta triste filosofía del dudar invencible en los albores de la historia en aquella región luminosa de la Hélada, donde fueron fecundos tantos gérmenes, y florecieron todos los ideales posibles!

Los hijos menosprecian a los padres, y consagran su admiración a los abuelos.

La razón es obvia: el tiempo equivale a la distancia; a través de medio siglo, todo se idealiza; la distancia tiñe de azul las montañas; la distancia tiñe de azul los sucesos.

La realidad, el momento actual, es tan insignificante, o tan brutal y odioso, que no se podría vivir sin los recuerdos y sin las esperanzas.

La imaginación tiene por comisión principal elaborar las mieles precisas para hacer soportable el amargor de la vida, y es tan poderosa, que ha creado un mundo de ensueño complicadísimo,

un más allá de la vida, para poder soportarla como un mal transitorio.

Atados al duro banco de la galera, vamos remando trabajosamente y soñando. Remando y soñando hacemos posible el vivir.

Las lejanías del ayer, ¡qué encanto!, ¡qué dulce y hermosa el alba! La luz que llega... ¡Qué tristeza la del ocaso! La luz que se va.

La madre, la madre... No hay palabra para expresar este amor de los amores.

Dios será o no será; de serlo, tiene necesariamente que ser un gran regazo de madre.

El Dios surge en la mente; se impone varón; todo lo domina, todo lo abarca, todo lo sabe, todo lo puede...

No obstante, para ser amado necesitó desdoblarse, ser Dios y ser hijo, y ser

Dios y tener una madre que fuera la madre de Dios y la madre de todos...

El símbolo de toda dulzura, el símbolo de todos los símbolos; y todos los corazones palpitaron al unísono, rindiendo homenaje a la virgen madre, reina del cielo y de la tierra.

Los cuerpos gravitarán hacia el centro de la tierra; está en su naturaleza. Leyes ineludibles lo han dispuesto así.

Pero, merced a otras leyes, también ineludibles, en un determinado momento la savia dormida despierta al calor solar, se dilata y extiende. En las negras ramas de los árboles se forman verdaderos puntos de ignición, con vitalidad propia; células que se desdoblan y complican su estructura con arreglo a preconcebidas formas, y son capullos de hojas y origen de nuevos vástagos, que visten peculiar ropaje de verdura, y la evolución termina con la florescencia de las ramas, que la finalidad de la vida

consiste en producir vidas nuevas, que convierten lo transitorio en perdurable.

No hay más allá... Sí, hay más allá; el aroma de la flor, todavía algo material, tenue, imponderable, intangible; la tendencia de lo material a ser espiritual.

En el ser humano, cuando el cuerpo, terminada su misión, sucumbe, no es absurdo creer en la persistencia del ser: es la estrella polar hacia la cual encaminamos durante todo el vivir las más nobles ideas, los más hondos afectos; deseos, esperanzas, recuerdos, ensueños venturosos, el tesoro moral que hemos tenido la fortuna de acumular en nuestra trayectoria por el tiempo y el espacio.

Si el aroma espiritualiza el rosal, el alma diviniza lo humano.

Dios se afirma en nosotros cada vez que, sobreponiendo el espíritu a las exi-

gencias del organismo material, vivimos la vida intensa del amor.

Surge el verbo, sabemos donde nació, las ondas del aire transmiten el sonido hasta donde... ¡quien lo sabe!, hasta donde haya oidos tan sensibles que puedan apreciarlo.

La imagen de los seres y de las cosas surge de la sombra al recibir el beso del rayo luminoso, y la imagen subsiste en toda la trayectoria, incluso cuando seres y cosas no existen. ¿No es todo espiritual?

Cuando un germen encuentra condiciones apropiadas, lo que estaba dormido despierta, da forma y vida a lo inerte que le rodea, evoluciona por la virtualidad latente de su propia naturaleza, y surgen a la vida nuevos seres, que lleva-

rán consigo también gérmenes de vida nueva, serán formas transitorias de la vida; pero afirmando la eternidad posible del vivir, la ascensión de lo sencillo a lo complejo, de lo inerte a lo vivo, de lo inconsciente a lo consciente.

En esta triangulación de lo infinito, el yo que es y el yo que llegará a ser, todo lo quieren abarcar, siendo el todo consciente; Dios, como origen de vida consciente; Dios, como necesidad imperativa del yo.

Ser, y ser con Dios, es llegar a ser Dios mismo en la plenitud de los tiempos.

La realidad puede ser efectiva, actual verdad; la realidad puede ser ilusoria y sugestionada; existir como reflejo de otra realidad, o con vida propia y directa.

Transitoria, como todo lo que es vida,

y definitiva, si abarca lo pasado y lo futuro, el ayer y el mañana.

Suponiendo como obra perfecta el Universo, y sus leyes como ineludibles, el teorema será el pasado conocido, y lo futuro el imprescindible corolario. En cualquier momento, en el instante presente, en la fracción de realidad, más pequeña, equivalente al punto matemático, el yo puede compendiar la totalidad del conocimiento.

Si por un esfuerzo de abstracción conseguimos separar el ser de todo lo contingente y transitorio, en alas de lo que es, ha sido y será su propia esencia, huye de lo que es finito y propio de la vestidura carnal humana, y asciende y se eleva, y, si pudiera desligarse de lo finito orgánico, llegaría a ser, identificándose con lo absoluto.

Cuando leo a Spinosa experimento una emoción parecida a la que siento al acercarme al borde de un abismo.

Sólo los compuestos pueden dejar de ser como tales, es decir, morir; la anulación de un ser, como su creación, son cosas naturalmente imposibles.

La inmortalidad metafísica del alma es un problema sólo para los filósofos; el género humano no lo conoce; para él, morir la conciencia es morir del todo.

¿Que es el alma humana? Es Dios en tanto puede serlo un modo determinado del pensamiento, concibiéndose a sí mismo como un modo determinado de la extensión. En otros términos: el alma

humana es una serie de ideas enlazadas entre sí por una proporción constante, que representa, parte por parte, término por término, una serie de modificaciones de la extensión, unidas por una proporción análoga.

En las ideas, como en los cuerpos, se conciben las compuestas y las simples. Refiérense todas a una forma en vida; desaparecen las formas, y muere; pero el átomo de hierro conserva la individualidad independiente en la formación del nuevo compuesto, y la idea abstracta, pura y simple por esencia, alcanza la misma eternidad, no concibiéndose ni su creación ni su nihilismo.

Despertado el germen de un florecer eterno, el yo complejo se anonada en la idea, y la idea flota y se conserva siempre por sí en medio del caos.

El alma humana, como idea de Dios, es un modo eterno del entendimiento eterno de Dios, y por esta razón no puede perderse en el tiempo, siendo su existencia inmutable. Por tanto, no puede comprender las cosas bajo la forma de duración, es decir, de una manera sucesiva y, por consiguiente, incompleta, sino bajo la forma de eternidad, es decir, en su relación inmanente con la substancia.

En un libro titulado *De la demonialidad*, escrito en el siglo XVII, se demuestra con hechos y razonamientos, al parecer innegables, la existencia de los incubos y sucubos, seres invisibles que coexisten con nosotros, y son susceptibles de redención, y de premios y castigos ultraterrenales. En lenguaje llano, se trata de los duendes de las leyendas caseras, que en aquella época campaban a su antojo por estas tierras, y que, posteriormente, en forma de espíritus benévolos, malignos o burlones, y en comitancia con los mediums, se nos dan a conocer, y que, felizmente, han emigrado juntos al otro lado del Océano, don-

de pueblos nuevos, de fe más sencilla, les dan afectuosa y honesta hospitalidad.

El mencionado libro a que hago referencia, lo escribió un reverendo fraile franciscano, el padre Sinistrari d'Ameno, y el alcance de la obra no puede ser más respetable, ni más nobilísimo el intento de apartar de las categorías infernales, definitivamente desterradas de toda esperanza, estos seres tan interesantes y dignos de aprecio.

En las ciencias de entonces, con los cuatro elementos, agua, tierra, fuego y viento, los humores cálido, húmedo y seco de Huarte, los secretos de Alejandro Magno, realmente el mundo maravilloso de los cuentos de hadas, y el real y positivo que tocan y palpan los dedos, no eran distintos; compenetraban por modo admirable.

En los ojos y en los oídos tenían el mismo valor los ensueños y las realidades para determinar las voliciones humanas; al judío errante, que andaba a la sazón por el mundo, le vieron millares de personas, que así lo afirman, y los milagros de todas las variedades se repetían con frecuencia. Lo espiritual, más o menos esfumado, llenaba el mundo. Se continuaba la tradición del Ciclo helénico, y conjuntamente la del Ciclo Breton.

Pero el XVII ya es la decadencia; en el siglo XVI está el apogeo.

¡Gloriosa edad, vivero de grandezas!

En las fronteras inciertas de un mundo no concluído de explorar, la fantasía popular unía con auroras de Oriente, púrpuras del Ocaso; memorias de Atlántidas, sumidas en el fondo de los mares; perlas venidas de golfos ignotos; aromas

de flores inverosímiles que abrían sus cálices para aprisionar aves diminutas vestidas de pedrería; narraciones inciertas, vagas como los ensueños, recogidas por la gente de mar, de islas de coral y torres de porcelana, y de ríos sagrados, donde las bayaderas encendían luminarias en vasos que flotaban en la superficie de las aguas, alumbrando lívidas formas humanas, y presidiéndolo todo, en la más alta cúspide, vestido con dorada armadura, el ideal, personificado, mejor que por ningún otro, por nuestro Amadís de Gaula, el que había de hacerlo todo a derecho por su esfuerzo y perseverancia.

Y en el árbol genealógico de tan egregio caballero encontraremos los nombres de los Rama y Jason, y Teseo y los Caballeros de la Tabla Redonda, y los

héroes escandinavos, que tendieron un puente entre la tierra y el cielo, que el vulgo llama arco iris cuando consigue admirarle, y por donde nos refiere el escalda Snorri, hijo de Sturla, que bajaron en bandas los guerreros para limpiar la tierra de impurezas.

Y muere el ideal, y la caricatura del Don Quijote pasa a ser el evangelio de las gentes, y es ridículo, desde entonces, todo acto abnegado, todo sacrificio, toda empresa a que no haya dado el visto bueno el Sancho Panza plebeyo.

No florecerán más en los páramos de la vida española los Hernán-Cortés, los Garcilaso, los Loyola, los Gandía, los Álvarez de Toledo, los Mendoza y los Cisneros.

En la tierra llana, el cielo y la tierra están bien distintamente separados. Se nos impone la idea de lo ilimitado arriba y abajo; pero son dos mundos perfectamente distintos, eternamente incomunicados: la altura, inaccesible.

En los países montañosos, sobre todo en los del Norte, que son los que más íntimamente conozco, entre las cúspides y el fondo de los valles existen diferencias verdaderamente asombrosas, pero no la incomunicación constante e invencible; arriba, en lo más alto, peñas desnudas, acantilados donde se anidan las águilas, laderas abruptas, tapizadas por céspedes resbaladizos, lagos tranquilos que, de

pronto, se tornan torrentes, y se despeñan en ruidosas y espumantes cataratas.

La tierra, allí en el Norte, es la tempestad petrificada. Allí se siente el anhelo de escalar las alturas; son trágicas, penosas, pero accesibles.

Del cielo se desprenden jirones de gasa, y se tienden en las cimas, y ruedan por las laderas de los montes, y velan y tamizan la luz, que, de roja y amarilla, se cambia y torna en un gris violáceo, y las líneas se borran, y los tonos se funden, y la tierra y el cielo se compenetran en una resultante de melancólica dulzura.

No puede decirse dónde acaba la tierra y dónde comienza el cielo; un misterio perenne existe por doquiera; en la penumbra de los bosques seculares, los ecos de las montañas suman, con salvaje armonía, el crujir de las ramas, el susu-

rrar de los vientos y el murmullo de las fuentes. Todo parece animado: las enormes y retorcidas raíces de los castaños, como tentáculos de extraños monstruos; las peñas, que espontáneamente se derrumban desde la altura. Precisa creer en algo que se adivina y presiente, cuyos efectos sentimos, pero cuyo origen y naturaleza desconocemos; espíritus del bien y del mal que actúan constantemente alrededor nuestro.

Precisa creer, llegando hasta la superstición, para que la razón encuentre en lo absurdo explicaciones de lo inexplicable.

Un caballero viene de la guerra a buscar en la casa solariega la curación de las heridas del cuerpo, la salud para los desfallecimientos del alma. Ha visto y sabe que los poderosos de la tierra se han

transformado en buitres y sacian en los despojos de la Iglesia de Dios el hambre de vida nueva, vida pagana de fiestas y liviandades.

Loyola en la quietud obligada del lecho, en el silencio augusto del ignorado valle, contempla, a través de las ventanas de la casa solariega, los verdes campos, con frecuencia cubiertos por cendales grisáceos; pero deja volar el pensamiento por encima de las cosas y de los seres.

El ideal, en el reposo, en el silencio, en la penumbra, germina, crece, se extiende, ya es flor.

Él es fuerte, sabe y puede luchar, tiene conciencia de que sus músculos tienen hierro, como los montes natales; puede subir sin fatiga a lo más alto de las peñas, discurre, argumenta, induce, ra-

zona, no hay más que una recta posible entre dos puntos, no hay más que una verdad posible para unir el cielo y la tierra.

Pero la religión es también irresistible imposición del sentimiento, compendio de todos los amores, de todos los bienes, dulzura infinita, luz de la vida.

Y lo grandioso y lo tierno se ensalzan y combinan en un todo maravilloso.

Se adivina que en toda la sublime concepción de Loyola hay un elemento viril, fecundo, manantial de vida, y un a modo de aroma que supone amor de madre, ternura infinita, delicadeza y cuidados que tienen su origen en el alma femenina. Por eso crece, y prospera, y se extiende Loyola, y por no ser fácil, ni comprensible del vulgo, el vulgo lo odió; y

por ser más abnegación que vanidad, y por ser lucha y energía, se impone al otro vulgo de los éxitos fáciles y las apariencias engañosas.

Leyendo libros de caballerías, rezando como fervoroso creyente, en las hazañas del ciclo bretón se inspira, y es el guerrero y el defensor del desvalido, y realizando lo que ha pensado, andante caballero, llega a Montserrat, y, armado de punta en blanco, vela las armas a la única dama posible, de quien considera la vida terrena como un pedestal de la muerte, que es nueva vida.

Es preciso ir a Monserrat una vez en la vida; Montserrat es una catedral de ensueño, no ha podido ser creación del acaso; el agua que cae del cielo, y la piedra agitada y convulsa por el terremoto,

pueden dar origen a los Alpes y los Pirineos, a los Andes y al Himalaya, pero no a Montserrat, que tiene más semejanza con las creaciones del espíritu que con las brutalidades y amontonamientos de lo inconsciente. El soplo divino únicamente puede crear tales grandezas.

Así me figuro que será el Sinaí, como otros puntos donde se haya previsto desde el principio de los tiempos y el origen de las cosas que lo divino y lo humano tengan en la vida un punto de relación para que no miremos el cielo como tan distante que se nos figure inaccesible, y lo humano tan abandonado que lo tengamos por digno de menosprecio.

Y la religión será luz y alegria, y mayor saber, y más amplitud de horizontes, y mayor bondad, y las zarzas del camino se arrancarán con las manos si fuera pre-

ciso, y en su lugar se plantarán jazmines y madreselvas, suaves al tacto, gratas por su aroma.

Dejemos al diablo en los montes de la Tebaida procurando hacer caer en tentación a los ermitaños, y, reanudando la tradición del pueblo ario, seamos fuertes, no con el fin de utilizar esta fortaleza en el propio beneficio, sino para levantár al caído, auxiliar al débil, difundir la verdad y el bien donde haya seres capaces de entendernos. Siendo la base el cultivo de la inteligencia, nueva y más intensa luz marcará los derroteros del Porvenir.

Siempre fuí creyente fervoroso; pero las reglas de mi vida, la arquitectura de la casa en que mi alma mora, la construí con aquellos elementos que estuvieron a mi alcance.

Construye el gusano, de su propio jugo, el capullo sedoso en que se encierra, para dormir largo sueño y despertar con alas.

Yo, en Horacio, aprendí a amar la vida, la tranquilidad de los campos, la penumbra de los bosques, las rocas tapizadas de aterciopelado musgo.

Aprendí en Lucrecio a saber que nadie tiene la propiedad de la vida, sino el usufructo.

He recorrido con Propercio los amorosos jardines de Pœstum y he visto marchitarse con el ábrego todos los capullos de rosa en el transcurso de una mañana.

¿Por qué no decir que frecuenté a Cloris y a Glicerea, y a la blonda Filis, y que oí resonar el oboe melancólico en Suburra y tuve en las orillas del golfo Partenopeo blanca casa sombreada por parrales, cercana a los bosques de mirtos y laureles, preferidos por las ninfas?

Y también aprendí con todos ellos a conocer lo fugaz de la existencia, a estimar la vida, a no temer la muerte.

Currite ducentes subtemina, currite fusi.

Pero este era un mundo ya viejo y refinado; bastaría examinar cualquier vaso etrusco cuya forma irreprochable supo-

ne delicadeza y exquisiteces que sólo pueden ser producidas en los finales de un período histórico. La suprema sencillez de un conjunto de líneas no aparece en las auroras, sino en los ocasos de las civilizaciones.

Las hojas de acanto en el capitel corintio, las volutas del jónico, los sobrios perfiles del dórico, el galbo de la columna, Palas Atenea, el Erecteion, son las flores del árbol, la última expresión de belleza de un organismo.

Lo que importa conocer era lo que se albergaba en los cráneos de aquellas gentes, no el lugar donde las gentes se albergaron.

Cada grano de trigo tiene un germen donde reside la vida, la potencialidad, el almacén de la fuerza, el acumulador; el nombre importa poco, y una cantidad

de masa inerte necesaria para desenvolver el germen.

Espiguemos la mies antigua.

Prometeo el gigante, escalando la altura, el rayo celeste derribándole, el encadenamiento perpetuo a la roca, el buitre royendo la entraña.

El fuego, el hogar, la familia, el perpetuo cuidado, todo un período humano, en cuatro líneas de una leyenda.

Los centauros, los amores de Phasiphæ y el toro, Hércules y sus trabajos y sus azañas. Las hespérides y el vellocino de oro. Cuántos y cuántos sucesos, domesticidad de los animales, progresos de la agricultura, desecación de pantanos, viajes a remotas tierras.

Lo que en Grecia era Zeus, en las mesetas del Irán se llamaba Dyaus, la luz y las tinieblas, el bien y el mal en eterna

lucha. Indra y Uritra en los indios, Aura Mazda contra Angra Mainyn para los iranios, Apolo contra Piton para los helenos; siempre la misma fábula, la misma esencia a través de la variedad de nombres.

En los comienzos, Dios está más cerca del hombre y con él convive familiarmente, todo lo anima, todo lo realiza. Está de un modo personal y tan cerca, que nos oye con solo el mover de los labios. Oramos, y nos atiende benévolamente.

A medida que la civilización se desenvuelve, que transcurren los siglos, que somos pueblos viejos, Dios se aleja; el universo se rige por leyes invariables, insensibles a nuestras plegarias, indiferentes a nuestros dolores. Los pueblos nuevos semejan a los primitivos por la

mayor intensidad de los sentimientos religiosos; pero, en todas partes el mayor refugio de la fe se encuentra en el candoroso corazón de la mujer, que necesita estar más cerca de Dios y sentir su amparo para realizar la función, casi divina, de hacer perdurable la vida.

¡Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos!

Supongamos que son falsas todas las religiones, las muertas y las que viven, con sus libros santos, sus mitos y leyendas, sus héroes y sus mártires, sus teogonías y cosmologías, árboles genealógicos, santos padres comentaristas y los textos todavía más augustos de suntuosas construcciones de todas las épocas y de todos los genios. Supongamos, para concederlo todo, que todas las religiones han sido conjunto de fantasías y ensueños, de esperanzas y temores, formas transitorias de estados patológicos del espíritu.

Supongamos que tienen razón, fuerza y validez los argumentos críticos emplea-

dos por los incrédulos de todas las edades, que suman legión, cada uno de los cuales se crea un mundo personal de caprichosas fórmulas, para darse por enterado de todo.

Todo junto pongámoslo en un platillo de la balanza, en el otro pongamos una religión, y pongamos la nuestra, el catolicismo romano.

Vamos a examinar lo que pesa y supone en la vida de todos y cada uno, lo que importa, por consiguiente, defender y amar la religión

Nace un ser humano, doloroso y augusto misterio, cuántas veces ¡ay! la vida nueva supone el sacrificio completo de vida por vida.

Cada uno de los demás seres humanos que desenvuelven su existencia en

la aldea o ciudad, no pueden apenas ocuparse del suceso; les reclama el campo, el taller, la fábrica, la ocupación que les ata y liga a satisfacer sus necesidades y las de los suyos.

En ese momento, la casa más augusta y lujosa, del pueblo o ciudad, la casa de Dios, abre sus puertas y llama al niño para el bautismo, y llama a los padres y a los más allegados y les hace saber que el ser que ha venido al mundo necesita amparo material y moral, y crea vínculos sagrados de protección constante para el recién nacido, y prevé el destino de su alma, y trata por igual al hijo del pordiosero y del humilde trabajador y del potentado. Y la persona de más representación moral de la localidad se atavía con espléndidas galas y coloca al niño bajo la protección de Dios y de un patrono

divino, y por medio de símbolos y ritos fija en la mente de todos la memoria de aquel acto con sencillez sublime.

Va el niño, o la niña, a la escuela, se le enseña a leer, y escribir, y contar, y además, a ser bueno, y obediente y respetuoso, y humilde; hay un manual de suprema filosofía, que ningún cuerdo podrá sustituir, que se llama el catecismo, y que lo enseñan el maestro y el cura, del cual podrá tachar media docena de renglones el fanático anticristiano más furibundo, pero tendrá que dejar el resto, si es honrado, y esos renglones podrán representar, a lo sumo, las milésimas de cobre en la aleación de oro de ley, necesarias para darle consistencia.

No podrán darle al niño las razones y fundamentos de las enseñanzas que recibe en este orden, ni en ningún otro; pero

se filtra en su alma la noción del deber, y cuando sabe de memoria aquellas páginas, no vive en soledad, algo divino le acompaña siempre, y cuando el instinto grosero pide lo injusto, una voz interna le contesta con un renglón de aquel libro, que es luz para guiarle en el áspero sendero de la vida.

Llega el niño a tener alguna conciencia de sus actos, y entonces otro personaje, el más elevado de su región, el que por tradición conserva el espíritu de los compañeros del divino maestro, interviene, y en día solemne llama al niño para darle, con la ratificación de cristiano, más alta personalidad, siempre con criterio de absoluta igualdad para los humildes y los poderosos, y los actos religiosos son para la mayor parte de los seres humanos los únicos de su vida en

que no se siente humillado y preterido por ningún privilegio social.

Y llega el acto más importante para la vida del cristiano, la eucaristía. El misterio es tan grande, la altura, tan excelsa, que desde la más alta cumbre del pensamiento siempre está a la lejana distancia de los astros. No obtante estas lejanías, el espíritu presiente la gran unidad del conjunto, la necesidad ineludible de reconocer que entre el Creador y las criaturas hay necesario enlace; que hay una finalidad en la obra, cuya evidencia es tan notoria que, aun queriendo negarla, se afirma desde el momento en que surge una idea en nuestra mente.

Por la eucaristía, lo humano, en lo que tiene de divino, se acerca a la fuente luminosa de donde toda luz irradia, y, para llegar tan alto, es preciso dejar en

el pantano todo lo que es cieno, todo lo que es mancha, todo lo que es sombra. Hace falta limpieza en los corazones, arrobamientos místicos, supremas debilidades, que son las mayores grandezas.

Y lo finito con las alas de la pureza se eleva hasta perderse en las regiones celestiales.

Desgraciados, sí, muy desgraciados los que no llegen a entenderme.

Apenas estamos en los albores de la existencia, y cómo se agranda la figura del creyente.

En el culto cristiano, además de la oración que nos afirma en la fe, que supone un lazo permanente que nos une a lo espiritual, que nos libra y emancipa de toda posible soledad, la obligación y

costumbre de la misa tiene una trascendencia inmensa.

De puerta a fuera de la Iglesia se rinde culto a todas horas a los grandes y poderosos.

El general vencedor, el acaudalado, el magnate, el que dirige y manda, llámese juez, alcalde o ministro, director de fábrica, jefe de partidarios; en definitiva, sə prefiere siempre al poderoso.

Incluso las estatuas y monumentos a ellos se erigen casi exclusivamente.

En la Iglesia, la democracia verdad impera. En un altar se rinde culto al que fué rey; en otro, al que fué pordiosero; aquí un menestral, en el otro una pobre viuda; alternando doctos e ignorantes, los sabios y los de fe sencilla. Se ensalza la abnegación, el sacrificio, los que no vivieron para sí, ni crearon estirpes, sino

que vivieron para sus semejantes. Éste, recogiendo niños abandonados; aquél, en las salas de los hospitales curando enfermos; otro, predicando la moral más pura a los salvajes y sucumbiendo por amor a los mismos que le martirizaban.

Sin este contrapeso en la balanza de la humanidad, ¡qué caída tan rápida del lado de todas las maldades y de todas las groserías del egoísmo más desenfrenado!

¡Qué museo de enseñanzas; qué escuela de abnegación y de heroísmo!

Cuando los mayores enemigos de las religiones han intentado suprimirlas, inmediatamente han necesitado inventar algo análogo, aunque ridículo y caricaturesco, comprendiendo que sin el enaltecimiento de los que fueron buenos y marcharon por la senda del deber y de

la abnegación, para que sirvan de faro que nos guíe, desaparecería todo camino, errando las gentes por la selva obscura de las pasiones sin freno.

En el acto de la misa nos congregamos para tener siempre presente en la memoria el sacrificio del hijo de Dios, que tomó carne para vivir la vida más humilde, consagrada por entero a redimir a todos los hombres, enseñarles la doctrina del amor y padecer los más crueles tormentos, y morir en el más infamante de los patíbulos, todo ello con el fin exclusivo de apartarnos del mal, darnos la paz del espíritu y la esperanza de otro mundo mejor, donde los buenos encontrarán la debida recompensa.

¿No es verdad que este ejemplo, el más sublime que puede presentarse,

eleva el espíritu, y encamina la vida por senderos para todos beneficioso? ¿A quién no puede convenir? ¿A quién puede lesionar? Cuando doblamos las rodillas al recibir la bendición. ¿No es cierto que quien no asiste automáticamente al acto, se siente más fuerte para la lucha de la vida, con más resignación para las contrariedades, con más esperanzas de un mañana mejor?

A los versados en paleontología les bastan unos huesos fósiles para reconstruir los seres prehistóricos de una manera perfecta y acabada. Cada pieza de un organismo supone otras que conjuntamente le completan, porque necesariamente se trata de un conjunto proporcionado y armónico. Hasta por las apófilis en que radicaron los músculos se

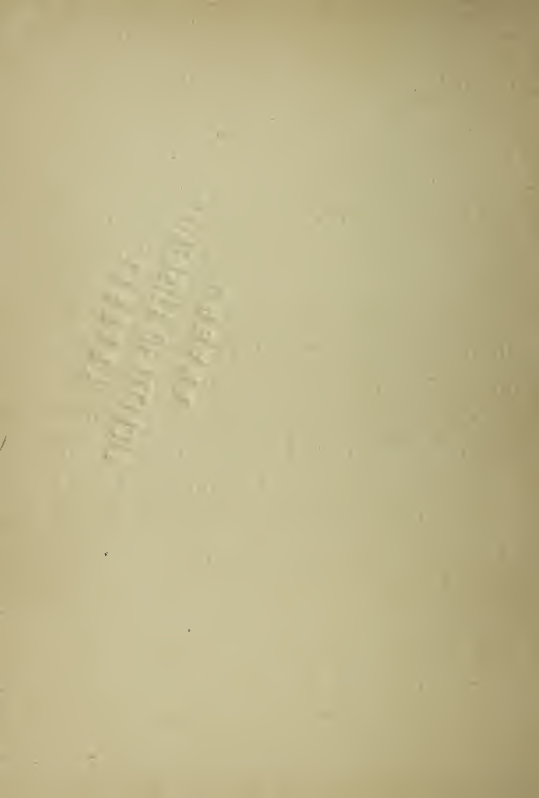
infiere la envoltura carnal de aquellos huesos.

Si, andando los siglos, sólo quedara de la religión católica la familia, sólo por este organismo habría razón suficiente para reconstruir un conjunto de asombrosa perfección divina. Nada pudo existir antes ni podrá imaginarse en lo futuro que pueda superarla.

La libre voluntad requerida como esencial para unirse el hombre y la mujer, la indisolubilidad del vínculo, la correlación de los deberes, atendiendo en ponderación debida las cualidades y diferencias de los sexos; la preparación solemne para dignificar la unión, teniendo siempre en cuenta que se trata de la transmisión de la vida de un ser que tiene un cuerpo y un alma espiritual, transformando instintos y sensaciones de un

orden inferior, dandc a la vida la elevación moral que supone dejar de vivir para sí y vivir para los que nos aman y para los que de nuestro amor procedan.

Y la Religión cristiana, al convertir en sacramento el matrimonio y al bendecirlo en nombre del Creador, sencillamente comprende y explica lo humano y lo divino de la institución, y tiene para la mujer, por vez primera suprema delicadeza, y la coloca también por vez primera en situación tan excelsa, que la figura de la madre cristiana es lo más grande y santo que podemos concebir: es ya algo divino que ha florecido en la tierra.



La sinceridad nos obliga a decir que el injerto divino no ha producido todavía en el árbol de la humanidad los bienhechores resultados en la debida proporción. Para un gran número de gentes, en vez de sumarse con el amor a la vida, la esperanza del mañana glorioso, se ha sumado con el terror a la vida, el terror a la muerte. El infierno y el purgatorio obsesionan a muchos creyentes por tal manera, que viven en perpetuas tinieblas sin que apenas les quede algún rayo de luz celeste a que poder asirse para lograr la redención.

El mundo, ¡qué peligro!, todo es peligroso; el menor tropiezo nos hace caer

en el abismo; es necesario, como Simeón Stylita, separarse del mundo, erguirse en la columna solitaria o encerrarse en las cavernas, propias de las alimañas, en los montes de la Tebaida; crear cartujas donde las celdas semejan tumbas por lo desnudas, frías y silenciosas. Huir el trato humano; no ver, no oir, no comer, no beber, no respirar, no pensar... todo es peligroso y puede ser causa de perdición.

El Kempis es un libro de suprema desesperación; la ciencia daña, el bienestar daña, la elevación en cualquier orden supone vivir al borde del abismo. El dolor y la adversidad son convenientes para que nos consideremos desterrados y no pongamos nuestra esperanza en cosa alguna del mundo.

Luzbel ha vencido, la sombra lo inva-

de todo, no hay posibles auroras sino para contados seres, excepcionalmente santos y favorecidos por la gracia.

La humanidad es un inmenso pudridero.

No, no y mil veces no. Dios es suprema luz, su obra es santa y su obra es buena. Dios no tiene antagonista posible, no conocemos ni sus designios ni los caminos que sigue para lograrlos, ni podemos hacer la crítica de sus intenciones, midiéndolas a palmos, a varas ni a metros. Para hallar la paralaxe de la más cercana estrella, necesitamos otros peldaños que la razón nos presta; para acercarnos a Dios necesita el alma humana intentar la ascensión sin el peso de ningún átomo de cieno.

Lo que sólo sea barro, quedará siendo barro para ser modelado nuevamente

hasta purificarse. Lo que sea éter, al vibrar, en el espacio, será onda luminosa; lo que sea idea, gravitará hacia la altura.

El paganismo, aun siendo tan inferior a la nuestra su concepción del mundo y de la vida, y más inferior todavía su moral, enseñó, no obtante, a no temer la muerte. No negaba que las rosas tuviesen aroma porque hubieran de marchitarse.

Morir era transformarse, descansar, dormir, acaso soñar como pensaba Hamlet en pagano, pero en ningún caso la sima del dolor eterno.

Para el mundo que llega, Satanás y comparsas representan los egoísmos en lucha, los malos instintos, atavismo, reminiscencias de un pasado lejano, muy lejano, en que las fuerzas naturales eran espíritus, *demos*, que nos tenían una de-

clarada enemiga... imaginados como formas abyectas y monstruosas, con cuya imagen en piedra o leña esculpida se fabricaron los canecillos de los templos románicos y medioevales.

Hacen falta conceptos nuevos, conceptos en armonía con epidermis más finas y entendimientos más sutiles.

La leyenda debe pasar a la calidad de símbolo o mito, y esta transformación se prepara lentamente y paulatinamente por los entendimientos superiores, sin negar nada, integrando todo, recibiendo en el cauce, cada vez más amplio y más hondo, todas las aportaciones que recoge el entendimiento y la fantasía al surcar en el tiempo la vida humana.

La idea, a modo de esencia delicada, se extiende, impregna y penetra, con su

aroma exquisito, las aguas, y las praderas, y los árboles, y las mismas rocas. Los seres dan ser a las cosas; donde no estuvo la idea, no existe nada, y, a través de los siglos, todavía en lo que llamamos tierra santa, en Galilea, residirá la mayor belleza de este planeta, porque hasta los fragmentos de menuda arena de las sendas se estremecieron de amor al posar en ellos su planta el Divino Maestro.

La belleza se anida en los senos más recónditos de la mente, y hay un a modo de isocronismo en la naturaleza que es una gran unidad de que formamos parte, por virtud del cual las cosas tienen un alma que con la nuestra rima, y nuestra alma tiene un eco en los pliegues de las grandes olas del Océano, y en las hendiduras de las rocas, y en los revueltos

crespones de las nubes; vibraciones armónicas de no conocida curva, pero que van y vienen a lo inmediato y también a las invisibles lejanías del Universo.

Y si en el barro queda la huella de una pisada, y en la roca los trazos del cincel; si una volición humana alteró lo inerte, entonces la sugestión es rápida, el toque de atención inevitable, el alma despierta, y suma la idea con la idea, y engendra ideas nuevas, hijas legítimas nuestras.

Por eso, los artistas, si quieren pasar de lo vago a lo definido, unen a la imagen de las cosas fragmentos de obras humanas, restos de grandezas que fueron; y si el artista es digno de este nombre, si sabe vestir la idea pintando malezas y charcos como son, le bastará añadir fustes rotos de columnas y capiteles

escondidos entre la verdura para hacernos soñar en civilizaciones muertas, y que desfilen por nuestra mente fantasmas de Césares, y muchedumbres de legionarios, y coros de vestales, y turbas de plebeyos; porque una idea es un rayo de luz potente enfocando las tinieblas capaz de iluminar todo un período histórico de la humanidad con sus esperanzas y temores, con sus alegrías y tristezas.

Si un imbécil que vive en las antesalas de la idea coge un trozo de madera y le corta y recorta a su antojo, sin finalidad alguna ni método preconcebido, aunque su labor sea larga y penosa no podrá resultar más que una masa informe, una labor inútil, una cantidad de tiempo arrojado al abismo del no ser, nunca arte.

Con un grano cristalino forma un la-

pidario un poliedro, y, alrededor de un octógono; crea una serie de polígonos iguales, y, cerrando el poliedro con superficies de forma trapezoidal, logra presentarnos un brillante capaz de sumar luces y reflejos maravillosos.

El brillante supone una serie de ideas, una finalidad, un ser que tiene un método y persevera, una subtancia apropiada al fin perseguido; y sin utilidad directa apreciable para las necesidades humanas, el brillante tendrá toda la estimación que supone la calidad del objeto, la fuerza de la talla, la intensidad luminosa conseguida, la luz prisionera en cárcel maravillosa.

Es posible que no merezca tanto esfuerzo el conseguir aquellos reflejos luminosos que, seguramente, un gran artista concibió, y el primer brillante único

que tuvo y significó el valor venal de todos los fabricados posteriormente; y aquel primer artista, cuyo nombre ignoro, encontró el secreto de transformar una piedra en drama perdurable.

El arte es siempre idea; su vestidura material ha de tener método, cadencia, medida humana; no es menester que sea, no debe ser fácilmente inteligible, al menos en su contenido trascendental; basta que lo entiendan y concuerde con los semejantes; para el vulgo necesitará el disfraz plebeyo de la parábola, del mito, de la parte más humana y sencilla de su contenido; por eso las grandes obras tienen su glosa necesaria y su aspecto íntimo.

Amadis necesitará siempre el coro de grandezas humanas, ser a modo de rey para tener de cortesanos al populacho

intelectual, que no admite matices, el día o la noche, el déspota o el demagogo, el contraste violento efectista. El alba y el ocaso, lo indeciso, la penumbra, pertenecen como dominio propio e intangible a los artistas.

El arte ha de tener la medida de lo humano. Una montaña, para interesarnos como tal montaña, ha de verse en toda su magnitud desde alguna lejanía, ha de suponer esfuerzo supremo el escalarla, debe tener laderas abruptas, acantilados, precipicios; pero, en definitiva, no imposible de verse en conjunto, no imposible de escalar.

La montaña que no alcanzaran los ojos de la cara a ver, no sería admirada aun cuando a los ojos del entendimiento se presentara con toda claridad y en toda su excelsitud.

El golfo Partenópeo, la bahía de Río Janeiro, el Cuerno de Oro, son de los más hermosos paisajes del globo, porque caben en los linderos ordinarios y corrientes de la visión humana.

El Mediterráneo, el mar Jónico, el golfo Índico, serán más hermosos para las águilas, que, desde la altura, pueden abarcar toda su extensión con una mirada.

En el firmamento estrellado, aun siendo abarcable a la mirada, la mente se pierde; ni de una vez, ni por series, nos cabe en los ojos tanta grandeza, y son precisas las sugestiones de la razón ilustrada para sumar con la visión sublime la mayor sublimidad de las cifras inacabables, sin límite posible; por eso Leopardi se sentía ahogado por tanta inmensidad; el alma parece dilatarse fuera de

nosotros, perder la conciencia de sí misma, disolverse en nebulosa de indefinidos y no limitados confines, y, al volver a ajustarse a la medida humana, se empequeñece y se siente como humillada por el fracasado empeño de querer adquirir la noción de lo infinito.

La obra de arte en sí carece de sustantividad, hay que referirla a una intención, tiene que producir emoción proporcionada al entendimiento y preparación artística de quien la examina.

En la música, cada raza dará a los sentimientos una expresión análoga al modo de expresar los afectos en cada pueblo: el furor hará vibrar el metal, por ser símbolo de la guerra, la forma más terrible del enardecimiento pasional, y de la cuerda saldrán las frases melancólicas del alma enamorada, languideces supre-

mas, fervorosas plegarias, plañideras estrofas, enardecimientos pasionales.

Se trasladan al pentágrama en forma de notas aquellas modulaciones que toman las súplicas, los ruegos, las oraciones, y el artista, del niño y la mujer tomará los gritos de angustia que llegan más derechamente de los oídos al corazón, renunciando la entonación viril, imperativa, grave, que se impone sin lograr jamás la blandura necesaria para conmover.

El idilio rústico tiene su fondo de paisaje; y la madera que secularmente se prestó fácilmente a los instrumentos musicales campesinos, evocará los prados floridos, el arroyuelo que por ellos discurre, las ramas que el viento agita en blandas y repetidas zalemas, las dulzuras

de la vida campestre, su recogimiento y tranquilidad incomparables.

Una audición de Beethoven, de Mendelshon, de Wagner, en su trilogía especialmente, produce exquisito placer, y, al mismo tiempo, un a modo de cansancio cerebral, porque cada nota evocó, llamó, golpeó a las veces, a la puerta de todos los recuerdos que la mente conserva; y tuvieron que desfilar forzosamente por nuestra fantasía, en pos de aquellos sonidos, un mundo de ideas distintas en cada uno de los que oyen, porque responden en cada caso a la historia intelectual de cada ser, y hacen vibrar también en cada uno aquellas fibras delicadas, y, a veces, tan doloridas, de nuestro pasado.

Algo como la atmósfera con relación a la luz solar es nuestro entendimiento; llega la sensación y nos hiere. Ondas que llegan como las del Océano a quebrarse en la roca o extenderse sobre el arenal de la playa, ondas sonoras, ondas luminosas, ondas de otros pensamientos que con las del nuestro chocan, interferencias, formas esquemáticas, puntos, líneas o superficies de contacto, donde surge lo consciente.

Pero todavía es mayor misterio el pensar colectivo, la transmisión del pensar colectivo a través de los tiempos: lo que es hoy porque hubo un ayer; lo que será mañana con el antecedente de lo

actual. En las religiones nadie lo puso todo y hay un todo que entre todos se creó, síntesis de pensamientos diversos y hasta contradictorios, restos de formas y grandezas vividas, gérmenes de lo que ha de ser.

En un puñado de arena hay tantas y tantas moléculas de tan variada índole; éstas fueron un tiempo roca excelsa, que, desprendida, fué canto rodado en el lecho del torrente, y poco a poco se fué deshaciendo hasta convertirse en fina arena; procede de la vecina cordillera, o llegó de un continente opuesto, las corrientes la fueron arrastrando, la resaca la dejó en la orilla; hay moléculas de cuarzo, de basalto, de granito, de caliza... acaso parte de un ser, coraza de un molusco, irisado reflejo de nácar, acaso perla, acaso parcela de un cráneo, acaso de

un vaso que modeló Doris, de un mármol que esculpió Fidias.

El puñado de arena que conservo en la mano, lo esparzo al viento y podrá ser otra vez materia inerte, obra de arte, vida, que es lo más excelso.

Con la eternidad por delante, en lo infinito de las infinitas combinaciones, volverá a ser todo lo que ha sido.

También la ciencia, también el arte puede integrarse o desintegrarse por modo análogo; pero en cada una de estas cúspides, si no tan excelsas como la religión, hay más homogeneidad, las moléculas tienen análoga estructura. No se apiñan en torno de la cima tantas nubes.

Suponen los astrónomos que nuestro sistema solar, en conjunto, también varía de posición en el espacio, dirigién-

dose hacia la constelación Hércules y, no obstante, a pesar del continuo caminar, transcurren siglos y siglos, y los mismos arabescos que trazaron los sabios en el cielo para dar personalidad distinta a cada grupo de estrellas, siguen y perduran guardando la misma relación de forma y distancia que en las primitivas tablas astronómicas. ¡Es tan reducido el compás con que nuestro sentidos pueden medirlo, tan deficiente la razón, que no puede señalar las variaciones!

En el primer libro que publiqué, en vez de mi nombre puse como firma «Un agnóstico»; sigue mi agnosticismo, que es modestia intelectual, reconocimiento de una dirección consciente por necesidad, pero incognoscible por su propia naturaleza.

Por calles de esfinges se llegaba a las tumbas en aquella civilización que floreció como los lotos en las aguas del Nilo, y por calles de esfinges sigue caminando el pensamiento sin encontrar posible trabazón entre lo eterno y lo transitorio.

Seguirán las madres adormeciendo a los hijos con aquellos mismos dulces cantares y engañándolos con las mismas consejas, y para no acabar con la vida por abdicación voluntaria, será menester que en las grandes amarguras haya una gota de miel que será siempre la fe religiosa, la esperanza de un mañana reparador de la injusticia; la luz, sin sombras, perdurable.

Me refería mi madre, que, cuando nací, pidió que una maga velara por mí durante toda la vida; mis padres, entonces, vivían con mucha modestia, y sólo

pudo conseguir que una pobre vieja, de clase campesina, accediera a su ruego, logrando de ella que de la colmena que poseía encargase a una abeja que acudiera a mi lado en los momentos tristes de la vida. Yo la vi sobre la cabeza de los míos cuando de mí se apartaron, que giraba formando un aro luminoso y dorado, y en todos los momentos amargos la veo acercarse, siento el vibrar de sus alas de oro, y no me abate la adversidad, porque me salva la fe, la gota de miel de la vida que me trae del cielo la abeja que, por intercesión de mi madre, es mi protectora.

Creo en el bien, en la justicia, en la suprema belleza, y creo en Dios como síntesis de todo lo grande y elevado, como consuelo y esperanza de la vida; le quiero como hijo, y confío ciegamente

en el afecto paternal que me profesa, para que se apiade de mí cuando llegue el duro trance de separarme de los que tanto quiero.

En lo más alto de la montaña, no hay vegetación posible: la roca sólo tolera la vestidura de nieve. Descendiendo un poco por la ladera, todavía en las alturas, a veces hay valles resguardados por los mismos picachos, circos con corona de plata donde suele juntarse la linfa cristalina en un lago azul. Lo humano puede allí vivir, y en el espejo del lago reconocerse y soñar con lo divino al ver el nimbo de luz que envuelve nuestro rostro. Al borde del lago hay un verde tapiz bordado de flores; hasta cerca de allí pudo llegar algún cedro que nos preste el cobijo de sus ramas.

Cuando desciende el hombre a la llanura, por la necesidad de vivir, y lucha, y sufre, y siente dolor en su mente, surge de tiempo en tiempo el recuerdo del lago azul, de la pradera bordada de flores, de las ramas protectoras del cedro, de las rocas excelsas y de los reflejos de la luz sobre la nieve, y cuando, haciendo acaso, penosos sacrificios torna a subir junto al lago, siente ensancharse el pecho, se considera en aquel paraje menos solo, como si las cosas oyeran y le miraran, como si las ramas del cedro fueran brazos de madre amorosa. En este momento surge el artista, se rompe la crisálida, tiende las alas la mariposa.

Se humedecerán los ojos de algunos con la aparición de ideales soñados en la juventud, desvanecidos por las tempestades de la vida. Se humedecerán los

ojos de muchos porque cruzaron por la fantasía las imágenes de los que tanto amamos, y se fueron para no volver, y que parecen llamarnos como si ansiaran que pronto nos fuéramos a reunir con ellos en ese mundo mejor que sólo logramos entrever a los rayos azulados del astro de la noche.

En el reverberar de las aguas del lago adivinaremos el centellear de miradas humanas; en el confuso apiñamiento de las nubes imaginaremos ejércitos fantásticos, y en el crujir de las ramas del bosque, ayes y lamentos.

Todo lo que ya existía en nosotros se exteriorizará cuando el arte nos toque con su varita milagrosa.

Amateras, la divinidad japonesa más alta de su mitología, tiene un espejo como símbolo. Huyendo de las fealda-

des terrestres, se escondió en misteriosa caverna, y sólo consiguieron hacerla salir colocando convenientemente un espejo donde se reflejase la incomparable belleza de la diosa.

Es gran orador el que sirve de espejo para mirarse estas o las otras multitudes donde ellas encuentran el reflejo de sus pasiones, su rostro moral. El gran poeta, el gran artista, llámese pintor o músico, hace ver a los otros lo que llevaban consigo y no acertaban ni a expresar ni a comprender. Una idea humana, una superficie adecuada que la refleje, no hace falta más para el arte.

En la *Divina Comedia* yo no veo ni el cielo ni el infierno; apenas entreveo a Beatriz, una azucena que por su propio impulso cambia de lugar en el espacio; lo que sí veo son las pasiones florentinas;

los güelfos y gibelinos; sus esperanzas y temores.

A dos grandes artistas, Velázquez y Cervantes, los expulsaría, si fuera posible, de la memoria humana; fabricaría con mis manos la losa del más pesado y perdurable olvido para enterrar su gloria. La finalidad de los cuadros de Velázquez y de los escritos de Cervantes está en sus cuadros mismos y en sus propios escritos; son ambos de una perfección desesperante, pero no hay más allá; allí está todo, todo; son ellos mismos sus obras. Son los mejores artífices que han existido; pero todo es factura, procedimiento, talento, dominio de la técnica del oficio. Cuando Velázquez viste de pordiosero alguno de los personajes de sus cuadros, hiede a distancia; pero cuando viste raso y brocados, no se per-

cibe el fino aroma de aquellos tejidos conservados por nuestras abuelas en los cofres cubiertos de recio cuero guarnecido de clavos dorados, forrados de tafetán rosa, en los que se guardaban telas y encajes y deshilados maravillosos con fuerza de pétalos de rosas, de los que hacían acopio, y que rimaban con aquellos primores fabricados con los propios dedos, con aquellos husos idealizados por artístico torneado, con aquellas ruecas de brocado galoneadas de oro. Recuerdo cuando, en casa de mis abuelos, allá en la toledana tierra, se abría uno de estos cofres, que todas las estancias se impregnaban de un aroma dulce y penetrante: el siglo XVII, que tornaba a la vida.

Velázquez no pudo jamás acertar en ningún asunto místico en que hay que poner algo más que dibujo y color. Ven-

ció huyendo la dificultad en el Cristo, tapando la cara con la melena para no tener que expresar el dolor divino.

Hay que poner la piedad personal del que contempla para condolerse.

En cada figura de la escuela romana se ve una estatua antigua coloreada, las líneas de la carne recuerdan el mármol, los pliegues de las túnicas son también de piedra, son hermosas figuras, pero como debió ser la belleza pagana, todo forma sin nada de espíritu.

En la escuela francesa hay una maravillosa elegancia, unas telas que crujen, cintas anudadas y flexibles como verdadera seda. Componen a la perfección las figuras y el paisaje, y los pórticos, y las balaustradas; los seres que hay dentro de los vestidos, hombres y mujeres parece que no tienen, ni han tenido, ni pueden

tener otras preocupaciones que las consiguientes a su indumentaria y modales.

Cuando empieza la decadencia se entra francamente en lo que puede avivar los deseos. Los cuadros parecen encargos de viejos decrépitos que necesitan todas las sugestiones para el placer.

En Fragonard y Boucher no hay ni el hueso indispensable para sostener las redondeces carnales.

En nuestro Velázquez, hay hombres y mujeres, tipos bastos con preferencia, apenas se salvan los Austrias y el Conde-Duque.

En las Meninas parece haberse propuesto pintar de un modo más perfecto que nadie una escena vulgar en la habitación más vnlgar posible.

Hacer la obra más excelsa que ha pro-

ducido pincel humano asegurándose de un modo indiscutible la inmortalidad, el primer puesto, prescindiendo de toda finalidad que no sea el oficio mismo, así es Velázquez. Dios hizo el mundo de la nada.

En las obras del Greco se transparenta un alma atormentada, despeñada si se quiere, por la persecución de un ideal de forma y concepto.

Reconozco que soy fanático partidario del Greco y hay su razón para ello: en Bargas, pueblo de mis abuelos, el único cuadro de mérito es un San Francisco, del Greco, firmado e indiscutible; en mi niñez no pudo menos de impresionarme. Luego he pasado gran parte de mi vida, sobre todo en mi adolescencia, en Toledo, viviendo cerca de la capilla de San José, en la casa de mi familia; por

consiguiente, la Virgen, San Martín, San José, los tengo necesariamente en perpetua presencia. Además, los de mi familia siempre allí residieron, y me quedan testimonios de la jerarquía que gozaron. Así es que, para mí el cuadro del *Entierro del Conde de Orgaz*, me parece, se me antoja, un cuadro de familia. Sentiría más que perder un dedo, hasta dos dedos de la mano, que emigrara este cuadro, que con el de Illescas y la Virgen de San Vicente, son mis predilectos.

Tenía yo veintiún años y residía en París con las mismas aficiones artísticas que hoy conservo. Asistía al estudio de don Vicente Palmaroli, y como sin duda presumía yo de aficionado y de toledano, me preguntó un día Palmaroli:

—¿Usted cree que estuvo alguna vez loco el Greco?

—Nunca lo he creído—contesté—, porque precisamente a un tiempo no se puede estar loco y cuerdo, y en el *Entierro del Conde de Orgaz* así resultaría, porque todo lo terrestre es perfecto y ajustado a los cánones del arte, pero ajustándose a las realidades que se ven, lo que no empece aquellas delicadezas de factura, aquellas elegancias supremas con que está pintado el niño de la gola; pero lo que es ya celestial, lo que no es carne humana, ni tejido de telar, ni expresión de sentimientos terrenales, eso le ha permitido al Greco tender las alas de la fantasía en busca de un ideal de belleza, superhumano diríamos con el léxico actual; y como entonces no había certámenes, ni exhibiciones constantes, ni publicidad y críticos como en el mo-

mento actual, no encontró, ni puso, ni quiso poner frenos al Pegaso.

Voló por los espacios imaginarios; pero es grande, siempre grande, siempre gran señor, príncipe excelso; en esa fuente milagrosa deberán beber los artistas; por lo menos, les puede curar de la fiebre de lo vulgar y plebeyo, que ya no será pequeño milagro.

En Van Dick se idealiza toda una raza. En Murillo, al pintar las Concepciones, los pies del pintor no se posaban seguramente en el suelo. Son cuadros y oraciones al mismo tiempo; allí está la infinita poesía de la creencia.

En tantos otros del siglo XVII, sólo flores de sacristía.

Rubens vive en perpetua grandeza, es siempre gran señor, se impone por el asunto y por la forma de presentarlo; el

jardín del amor será el eterno modelo de las elegancias cortesanas, como Teniers de las alegrías plebeyas. En los italianos se encuentra todo.

Los primitivos, la sinceridad de la fe y la leyenda, un mundo reducido y pequeño, si se quiere, pero con delicadeza y aromas que no han podido encontrarse de nuevo. Finezas de dibujo y color, ternura incomparable, una cantidad de amor sincero en todos los asuntos, que trasciende y nos penetra. La desesperación de los modernos que, al intentar asimilárselo, o caen en la copia y repetición más o menos afortunada, o caen en afectaciones y símbolos de torpe vaguedad.

El Giotto, el Corregio, Leonardo da Vinci forman el lazo maravilloso para unir lo que fué y lo que será.

Tiziano es la más alta cumbre por la factura, por la sobriedad, por lo que se ve y lo que hace pensar. Todos los venecianos tomaron del maestro aquella luz que es vida en los cuadros de esta escuela, donde todos los artistas posteriores han tenido que aprender y que, por desgracia, en muchos ha degenerado, porque, buscando un afectisimo engañador, imaginan series de planos sucesivos que forman escalonada perspectiva de luz y de sombra, falseando la realidad sin encontrar nueva forma de belleza, consiguiendo solamente éxitos fugaces y transitorios.

Padezco el mayor desasosiego con Rafael y Miguel Ángel.

En el primero, sobra de corrección académica, respeto religioso con lo ya considerado obra perfecta, repeticiones

acomodaticias de mosaicos romanos y estatuas griegas. La batalla de Ixus parece obra tomada de un cartón de Rafael, siendo todo lo contrario, como es imprescindible sucediera. Prefiero a todo lo suyo el *Incendio de la Ciudad*, pero es y será siempre una coleción de estatuas.

Miguel Ángel parece obsesionado por el afán de ser el único artista; cs grande y robusto, y magnífico, siempre siguiendo el canon antiguo.

Es un enamorado del vigor físico; acaso quiso resucitar el alma antigua, concibiéndola fuerte y vencedora; pero ¡qué lejos queda de los finos moldes de la Victoria de Samotracia, en que la fuerza invencible tiene, al mismo tiempo, elegancias y finezas propias de la voluntad y del espíritu muy superiores a las que sólo sean puramente del orden material!

Hércules no llegó a ser dios en el olimpo pagano, fué sólo semidios; los dioses pudieron prescindir de la maza; Júpiter disponía a su voluntad del fuego divino. No obstante, Miguel Ángel es la protesta más enérgica del arte contra todo lo medioeval; es todo el Renacimiento en lo que tiene de viril el arte antiguo, y siempre Luzbel será el más grande de los rebeldes, por atreverse a la negación de lo divino.

Rafael fué el verbo de la Iglesia en su tiempo, transige, es un ecléctico, sin la fe de los primitivos ni la afirmación de la fe nueva.

Todos los que sientan hondamente la belleza lamentarán la sustitución de los Pinturichio y Boticelli por la obra de Rafael.

La decoración de la capilla sixtina por

Miguel Angel hubiera sido más apropiada en las termas de Caracalla, cuyos fuertes muros enhiestos a través de los siglos, con su melena de jaramagos y las bandadas de cuervos que allí se anidan, representen la afirmación solemne y majestuosa del arte pagano.

Miguel Ángel en sus obras afirma el sexo; es siempre sólo macho.

En Rafael, a las veces, aparece indeterminado.

El arte, en su aspecto pictórico para el especialista y refinado, es una sístesis sugestiva como ninguna otra para los afectos humanos capaces de exteriorizarse.

Donde hay posible acción hay posible cuadro, y también donde puede desarrollarse como escenario; pero, en definitiva, es parte de otro arte que lo subordina, capítulo de un tratado completo, la

arquitectura. Ahora bien: la intensidad de emoción no puede lograrse sin poblar el edificio con los seres para los cuales fué destinado.

Una catedral sin obispo y coro de canónigos, pajes y servidores, una fortaleza o cuartel sin soldados, un tribunal sin jueces, un palacio sin cortesanos, no pueden alcanzar aquel deseado efectismo que soñó el artista. Versalles sin Luis XV, y sus hijas, y sus amigas. Trianon sin María Antonieta, aquella galería de los espejos mirando a los maravillosos jardines con sus molduras doradas y su *parquet* reluciente de maderas finas que actualmente recorren los extranjeros, ávidos de saciar su curiosidad con el Bædeker en la mano, hablando diversos idiomas, disuenan allí por no encontrar ritmo adecuado, se entristece el

ánimo, mengua la admiración, se desvanece la ilusión artística.

Por la fuerza del contraste pudo después en día histórico, repleto de soldados con recias botas y pesados cascos, en el desbordar del éxito guerrero, servir de fondo adecuado, al vencedor y sitio único para ser proclamado un emperador de germanos, siquiera toda aquella grandeza militar tuvieran en los muros de aquel palacio una respuesta vencedora del vencedor, porque aquellos cuadros y aquellos tapices y cada uno de los detalles con que se cinceló cualquier bronce, pudo decirles: sois la fuerza material, un momento que pasa, pero lo que representamos nosotros no puede pasar ni ser vencido. Representamos una civilización propia y original, nuestra, francesa, sin injertos ni bastardías, donde habéis

aprendido todos y que todos procuráis imitar.

En un cuadro de Lembach, si mal no recuerdo, se pintó esta apoteosis militar, hermosa por la fuerza del contraste, como las orgías celebradas en los templos cuando el saco de Roma; pero no puede resultar ni vencedor ni vencido, por ser términos diferentes soldados y artistas.

No necesita Alemania acudir a estos contrastes para presentar los títulos de nobleza artística que posee.

Apenas estuve veinticuatro horas en Nuremberg, y saturado de arte grande y verdadero estoy todavía con los recuerdos de aquellos tejados puntiagudos, de aquellas fuentes, verdaderas joyas cinceladas, y soy, desde entonces, amigo de corazón de Hans Vischer, de Adam

Kraff y del inmortal Alberto Durero.

No tengo patria artística; en Pompeya, en sus calles de recios polígonos de piedra, sus casas sin tejado, el golfo azul cercano y el monte excelso coronado por llamas de fuego, no me sentía extranjero, ni tampoco en aquella plaza de Bruselas, con los edificios de afiligranada piedra; ni en los Museos de Munich, contemplando los mármoles de Egina... Ni en el patio de la Cartuja de Pavía.

Las mayores emociones artísticas que he sentido han sido en Toledo y en Granada.

La absoluta perfección del ojival en el claustro de San Juan de los Reyes. El patio de los leones de la Alhambra.

Y en secreto, casi al oído, aquel San Franciseo de la sencillísima iglesia de Bargas, que pintó Dominico Teotocópuli

con una calavera en la mano, ante la cual rezaron muchas generaciones de los míos, y que me hace recordar lo transitorio de la vida y lo que son y representan las grandezas humanas.

Vanitas Vanitatum et Omnia Vanitas.



LA ROSALEDA

DEL

JARDÍN

La tercera parte por lo menos de la porción del tiempo que a cada vida humana corresponde, pueden considerarse como horas del no ser.

Del resto, hasta una época del posible trabajo personal utilizable, hay que disminuir una gran parte en los comienzos de la vida y otra no menor en los ocasos, tantas y tantas de forzada quietud, de tristeza, de dolor...

La mayor parte de las horas vividas las pasamos remando en el banco de la galera, sufriendo en la espalda el latigazo cruel de los constantes apremios de las necesidades a satisfacer, sin poder levantar la cabeza para contemplar un girón del azul del cielo.

La vida es una suma de necesidades del orden material, y felizmente, también para algunos seres del orden moral, y al parecer, la felicidad consiste en desear y satisfacer los deseos.

Desear, desear intensamente, perseverar en la acción, extender la mano para coger la mariposa de alas de oro y al abrirla encontrar un poco de polvo..., pero no sabemos conformarnos sin la esperanza de convertir nuestros deseos en realidades.

Spes ultima Dea

La generación actual es la mas desdichada de cuantas han existido por ser la de mayor desequilibrio mental en todos los seres conscientes. Antes, mejor di-

cho, siempre, fueron los hombres desgraciados, pero no deseaban tanto, no soñaban tanto como ahora. Todos no deseaban todo, no era tan formidable la pérdida de ilusiones.

Hay momentos en que no me atrevo a maldecir el alcohol que embrutece y degrada, precisamente porque acorta la vida, porque engaña, porque mata.

Todo lo que puede desearse está a la vista de todos los que lo desean, al alcance de sus garras, una hoja de papel impide que brutalmente se realice la catástrofe, y pensad que muchos, los más, tienen hambre material, y además hambre y sed de justicia.

La hoja de papel que todo lo ampara se llama Catecismo.

No lo olvidéis.

Coged un libro de ciencia. El origen, la nebulosa; merced a lcyes físicas se forman los mundos apareciendo sucesivamente los planetas en nuestro sistema solar; en el nuestro una vez en condiciones adecuadas, aparecen organismos sencillos, vesículas monades; después, en atmósfera de fuego y carbón un mundo de pesadilla, mónstruos en las aguas, mónstruos por los aires, vegetación y fauna cuyos restos conocemos, cuyos esqueletos contemplamos alineados en los Museos.

Más tarde, mucho más tarde surge el hombre cuaternario, edad de piedra, edad del bronce, edad del hierro, habitaciones lacustres, siglos y siglos de penumbra.

Esto ha sido el ayer.

El hoy, pueblos y civilizaciones por-

tentosas consagradas siglos y siglos a destruirse mutuamente. Arios y semitas, germanos y latinos, amarillos y blancos, que sólo descansan para prepararse a nuevas luchas, a mayores catástrofes.

—El mañana.

La aparición de un nuevo planeta, en la serie, el descenso de temperatura en el nuestro, la desaparición de la raza humana. La nivelación de la superficie terrestre por la gravedad y las aguas. Un océano de amargura y una cúpula negra con muchos puntos luminosos. ¿Para qué servirán entonces las alas sin tierra donde posarse.

Ni estoy convencido, ni resignado.

Necesitamos salir de las disciplinas científicas, acudir a otras fuentes de conocimiento, a la revelación, al misterio, a la intuición, al ensueño piadoso.

Horas azules, horas de ventura sin girones grises en el pensamiento, sin heces en la copa que amarguen nuestros labios. ¡Cuántas fueron!

Nada más fácil que hacer el inventario aun para los que vamos llegando a verdadera longevidad, nada más fácil que conservar la memoria de los sucesos venturosos de la propia vida ¡Hay tan pocas horas felices que recordar!

En el jardín interior de los demás seres, considero que debe haber una parcela donde puedan producirse los rosales.

No quisiera particularizar tan al extremo estas páginas que solo sean a modo de un pequeño lago, a cuyo borde yo solo pueda asomarme para recordar el pasado.

Después de escritas las páginas de *La rosaleda*, al volver a leerlas tuve tentación de romper las cuartillas. Más tarde, reflexionando, he comprendido que mi vida es tan semejante a la generalidad de otras que conozco y estimo, que me atrevo a sospechar que los demás al leer los episodios de la mía, las vean tan semejante, a las demás vidas, que crean ver la suya propia, su propio retrato y análogos episodios, y por tanto las lean con agrado.

Espronceda tuvo su Teresa, y tantos y tantos sin saberlo expresar en octavas reales, vertieron lágrimas por otras Teresas. Cuántos Heine han experimentado análogas contrariedades. Hay en todos los escritos papel, tinta, letras, palabras, pero también hay libros, y espero que el mío esté en el número de es-

tos, que tienen cuando los tocamos epidermis, carne viva y doliente.

Con nosotros, desde que nacemos, además del organismo físico, llevamos el ánima, el ser moral. Pero así como en lo físico ni el músculo es músculo, ni el hueso es hueso, ni representamos otra cosa que un bosquejo, poco más que una promesa, el ánima no se dibuja desde luego, en los comienzos de la vida; queda como indecisa, esfumada y en cada día, en cada hora, en cada instante, va formándose la idea de nuestra personalidad como un todo distinto de lo demás.

En esos albores de la existencia, hay momentos de dicha completa, de inde-

cisión entre el ser y el no ser, y todo un mundo inefable en el regazo de la madre. Yo siento todavía la suavidad de unos dedos que me cierran los párpados dulcemente y perdura en mis oídos el susurrar de un canto melodioso y siento el deseo, teniendo la cabeza cubierta con hilos de plata, de volver a ser, en otro mundo mejor, aquel mismo niño que se adormecía en el maternal regazo... y protesto por haber perdido tan niño a mi madre, porque no alcanza mi pobre razón a explicarse la injusticia de privar a las madres de los hijos y a los hijos de las madres.

¿No es verdad, lector amigo, que recuerdas lo que yo recuerdo, piensas como yo pienso y sientes como yo siento?

Era muy niño todavía cuando tuve ocasión de residir unos días en una dehesa de la tierra toledana perteneciente a los míos.

Qué hermosura aquella gran extensión ligeramente ondulada semejando un lago de oro y ver cómo encima de la superficie se percibe un vapor tenue, gasa ligera, el hálito de la tierra.

Los carros cargados de mieses, la era, la parva, las faenas de la trilla.

Todo para conseguir de un modo directo y sin farsa el pan de cada día.

¡Qué alegría contemplar el cuadro! El sol que arde, los mozos segando espigas, las amapolas como gotas de sangre de la madre de todos... ¡La santa y bendita tierra!

A la puesta del sol descansaban en la cordillera, color zafiro, girones de púr-

pura y oro, descansaban los hombres y con el clásico gazpacho restaurábamos las fuerzas.

La sombra iba tendiendo sus crespones en el azul y lentamente surgían las estrellas y aquel su rutilar constante semejaba el pestañear de ojos divinos. En la misma era extendíamos sobre las gavillas unas mantas para suavizar molestias y cubiertos por el capote de monte nos entregábamos al descanso.

A veces el ruido de un campano, el aullido de un perro, el cantar de algún labrador nos hacía entreabrir los ojos. ¡Qué sensación de suprema grandeza! El cielo obscuro, profundamente obscuro, y miles y centenares de miles y millones de millones de estrellas diciéndonos somos, existimos, pensamos, queremos.

En el año 1865 se declaró el cólera en Madrid. En la calle de Vergara, de tan escasa extensión, donde residíamos, hubo en un sólo día nueve fallecimientos. Mi padre, viudo, y yo, teníamos nnestra residencia en ella. El cólera se desarrolló tan rápidamente, hubo tal pánico, que los enfermos no eran asistidos, los muertos abandonados, dispersas las familias. En el propio domicilio donde residíamos convocó mi padre una junta de vecinos reunió recursos de distinto orden y allí mismo instaló provisional casa de socorro y se dedicó a la tarea de acudir a toda necesidad hasta donde sus fuerzas y medios alcanzaran; una buena anciana, ama de gobierno que tenía mi padre, se encargó de mí para que no hiciera excesos. A los dos días en el teatro Real, en una sala de la planta ba-

ja, se instaló mejor y con más amplitud el servicio sanitario de los Amigos de los pobres Yo, sin duda por inconsciencia, no sentí el menor temor. Una vez que oí referir que mi padre veló unos pobres coléricos hasta el triste momento y recogió cuatro huérfanos y personalmente fué procurando la solución de cada uno, puedo decir que al saberlo me sentí completamente dichoso. Dios era muy bueno conmigo habiéndome dado tan buenos padres.

Algunos años después hice un viaje al Norte con mi padre y vi por vez primera el mar.

En mi libro «La Montaña» describo la honda emoción que me produjo. Días felices, días felices son aquellos en que

sentimos estas grandes emociones que hacen olvidar siquiera momentáneamente los pesares que de continuo nos acompañan en el camino de la vida.

Posteriormente, y en diversas ocasiones, he observado que la sola contemplación del mar tiene la virtud de aliviar nuestros pesares.

Aquella inmensidad se impone al espíritu, lo mismo que se diluyen las amarguras físicas en el agua, nuestros más hondos pesares también se van diluyendo lentamente.

La monotonía del ritmo, la repetición de la misma nota de color, de movimiento, de línea, va envolviendo nuestro espíritu en sus crespones azulados grises nos, adormece, amortigua las sensaciones; sino causa placer, al menos alivia nuestros pesares.

Cuando perdí a la madre adorada, mi padre con insuperable intiuición, puso un libro en mis manos, un libro de viajes para hacerme olvidar en lo posible tamaño dolor. Tenía once años a la sazón y horas y horas leyendo y llorando transcurría el tiempo. Algo se fueron diluyendo los pesares míos con la lectura de penalidades ajenas. Leí y no puedo olvidar, desde tan larga fecha, los viajes de Mungo Park y Livingston por las regiones tropicales de Africa, desconocidas entonces. ¡Cuánto sufrir de aquellos misioneros para llevar el bien a todas partes, para consolar a los tristes y con la suprema alegría de la esperanza de un mundo mejor!

No comprendo la posibilidad de vivir sin tener libros al alcance de la mano.

En ellos vive el espíritu de tantos

y tantos, que considero mis mejores amigos.

Los Pérez y los García, y los Fernández y López, que me encuentro a la mano por todas partes, no sustituyen enteramente a los Horacios, Petrarcas y Garcilasos, que me acompañan donde quiero llevarlos y que hacen olvidar tantas miserias.

Era nuestro propósito pasar el día en Caprí y tomamos el vaporcito que hace la travesía desde Nápoles a esta isla situada, como todo el mundo sabe, a la entrada del golfo Partenopeo.

El inmenso peñasco tendrá poco mas de quinientos metros de elevación, no era ningún problema el subir a la altura por un camino en zig zag bastante aceptable. Estoy seguro de que actualmente me resultaría molesto y la cima de la montaña demasiado elevada, como no hayan establecido algún nuevo camino movido por el vapor o la electricidad que sirva para elevar las gentes cómoda y rápidamente. Entonces subimos des-

pacio por gusto, deteniéndonos con frecuencia para contemplar aquella vista maravillosa, para nosotros la más hermosa hasta entonces que habíamos contemplado, porque no podíamos hacer comparaciones con la bahía de Río Janeiro ni con el Bósforo, que le disputan la primacía de la belleza.

Yo sabía que en Capri podíamos alojarnos en una posada titulada «Albergo pagano», y como no teníamos pretensiones de exquisiteces, llevábamos de antemano la seguridad del buen acomodo. Nada mejor; una casa blanca, con unas pilastras formando amplio portal, sustentando una parra tupida grandiosa. El interior del albergo, modesto, modestísimo, pero tan blanco, tan limpio, tan simpático.

En la parra posaban muchas palomas,

y también en el suelo iban y venían pausadamente y no se dignaban ni aun moverse del sitio donde estuvieran para dejarnos libre el paso. Bajo el emparrado había tres o cuatro mesas y unas sillas rústicas y unos niños medio desnudos que sin duda acostumbrados a no importarles la presencia de los extraños, no suspendieron sus recreos, exceptuando una niña de cuatro o seis años que nos miraba fija y silenciosamente con unos ojazos azules que pudieran considerarse claros espejos del firmamento.

Por la tarde pudimos regresar a Nápoles, pero preferimos quedarnos allí—mañana regresaremos—; tampoco regresamos hasta el siguiente. Hay días que que no deben tener mañana.

¡Cómo expresar tanta grandeza! ¡Qué

placer haber olvidado todo lo que estaba situado más allá de aquel peñasco, embriagados por la luz, y por el aroma de tanta flor campesina, el ayer de donde veníamos, el mañana que teníamos que partir.

Creíamos en nosotros y en nuestra felicidad, y a las pocas horas de estancia creíamos que todo aquello era obra de los dioses.

El mundo antiguo resucitaba.

Febo, Dionisio, Palas, Diana, Ceres, y en lo hondo Neptuno y las Náyades, y más en lo hondo todavía la entrada del Averno donde reinan Plutón y Proserpina, y todo era evidente, real, indiscutible... Enfrente el cabo Misene y Baïa y el lago Lucrino, y en toda aquella ladera hasta Posilipo, palacios, jardines y templos y bosques de mirtos y rosales; las

fincas de recreo en Mario y Pompeyo y Cicerón y Agripina y Horacio, y los viñedos del Monte Bárbaro, y más lejos los pinares con las copas formando un mar de ondas verdes bajo cuyas bóvedas sombrías vagan ninfas y dríadas, son perseguidas por seres extraños con cara de hombres y cuerpo de macho cabrío.

Y llegan a nuestros oídos con el rumor del oleaje, vibrar de cuerdas y notas de flauta agreste y cantos de Anacreón y Safo, y Propercio y Ovidio...

Y tornando la vista en el fondo, vemos el apiñado caserío de Nápoles y siguiendo la costa pueblos y más pueblos, vidas y más vidas que ahora se llaman Giovani a Teduchio y Resina y Porticí, y en otros tiempos fueron y se llamaron la aristocrática Herculano y la comercial Pompeya, presa la primera en

la lava y cubierta la segunda por arena y ceniza cuando ocurrió la catástrofe que tan honradamente nos refiere Plinio.

Y por cima de todo y más grande que todo y más sencillo que todo, un monte cónico con un penacho inmenso de vapores blanquecinos que se extiende por leguas y leguas en el horizonte y al llegar la noche flamea con resplandor siniestro como si un dios del mal estuviera allí aprisionado y por el flanco derramara fuego líquido.

Y al llegar la noche, contemplando el firmamento, aun resultan más grande y vencedor el paganismo Orión, Casiopea, Perseo, Andrómeda, Berenice. El firmamento es un mosaico de recuerdos del mundo antiguo y donde hay un planeta, un dios pagano, le da el nombre, Marte, Venus, Mercurio, Júpiter y con letras

griegas se distingue la situación de cada estrella en la constelación correspondiente

Nos sentimos felices viviendo así la vida y nos causó hondo pesar el volver a un mundo que olvidando ser creación divina la forma humana, cubre el desnudo con el sayal del zenobita.

Alguien, seguramente era alguien, fué como nosotros una vez a Caprí y allí permaneció muchos años olvidando y olvidado. Nosotros llamados por la tiranía de los deberes, volvimos al tercer día cerrando para siempre nuestros ojos a la luz primitiva, huyendo de la invencible tentación del alma pagana.

Me hablaban de los rascacielos de Nueva York, de la grandeza de la civilización moderna, y yo quería creerlo, pero recordando cualquier pequeñez

del mundo antiguo, no podía menos de entristecerme por haber venido tan tarde a la vida. No era necesario el recuerdo del Partenón, ni de Pallas Atenea, ni siquiera el modestísimo templo de Vesta; con el del torso de la Victoria de Samotracia, tema bastante para saber a qué atenerme y dirigir mi pensamiento y mi albedrío y sentirme absolutamente distinto de tanto nadie, cuya convivencia me ha sido impuesta por la época en que vivo.

Juliano venció a Constantino.

Je suis venu trop tard dans un monde trop vieux.

Al regresar a Roma, nuestro embajador cerca del Vaticano, Sr. Groizard, nos participó que teníamos concedida la audiencia con Su Santidad que para nosotros había solicitado oportunamente.

Cuando llegó el día señalado supimos que una dama de la aristocracia española tenía también concedida audiencia privada para ella y su hijo en el mismo día que nosotros, y como residía en el mismo hotel y estábamos en relaciones amistosas, nos pusimos de acuerdo, y cuando más tarde, ya en el Vaticano, nos preguntó un Sr. Obispo en la antecámara de Su Santidad, si podíamos entrar juntos o separadamente, le ma-

nifestamos unos y otros que no teniendo nada secreto que manifestar haríamos lo que creyera más conveniente, y con mucha razón, para evitar molestias repetidas al santo Padre, entramos al mismo tiempo en la estancia.

Para describir el Vaticano, las grandezas, los recuerdos, sería necesario escribir muchos volúmenes. Para llegar al final que me propongo serán suficientes unas cuantas líneas.

Entrada; Guardias suizos, uniforme vistoso del renacimiento, color amarillo, alabarda, casco reluciente con plumas, buenas presencias. Escalera larga y recta, sin duda, una de tantas como debe haber en el inmenso edificio.

Acceso a un gran salón de techo elevadísimo adornado por tapices que casi no vi por no resultar discreta la deten-

ción. Yo esperaba encontrarme con muchos sacerdotes y demás gente de iglesia; no ví ninguno, sólo una docena de caballeros vestidos de uniforme azul, pertenecientes a la guardia noble, con aspecto más civil que militar, siempre distinguido; pasamos después a un saloncito adyacente con proporciones de una casa particular, bien, pero sin excesos lujosos. Un señor vestido de morado nos recibe, se cerciora de quienes somos y nos indica lo conveniente para el momento. Todo lo cual ya nos lo había indicado la simpática señora aristocrática que iba con nosotros, que por añadidura de sus títulos nobiliarios, tenía para aquella casa el rango especial de ser sobrina de un arzobispo.

En aquel momento me ocurrió un percance terrible.

La etiqueta prescribe vestir de frac y corbata blanca y yo iba con corbata negra que según mi criterio era más adecuada, pero lo ordenado era blanca y véase como una tira de cinta negra se convertía en una cadena de hierro que me impedía seguir adelante.

Pero tuve una inspiración; además del Sr. Obispo y de los guardias nobles, de un lado para otro se movían sin cesar unos pajes o camareros, no acierto con el nombre, vestidos de damasco rojo, la manga pendida estilo Luis XV, figurín que más tarde me enteré había dibujado el mismo Bernini, el gran artista que imaginó la columnata excelsa de la Plaza de San Pedro.

A un señor de éstos le referí mis congojas, y sobre todo las de mi señora, le estreché la mano con algo más que bon-

dadoso afecto, y en discreto italiano (discreto y pésimo son equivalentes), le pedí la corbata blanca de mis deseos.

—Presto—dijo.

Y desapareció; y antes de dos minutos volvía con una tira blanca de tela, sino de batista con la suficiente apariencia para salir del paso.

Las señoras iban vestidas de negro con mantilla, y el niño que contaría unos doce años, no recuerdo, seguramente con arreglo al ritual.

En un pequeño salón, cercano del nuestro, estaba el santo Padre León XIII en un sillón dorado sobre una tarima forrada de terciopelo; en la estancia no había ningún otro mueble; ni silla, ni banco, ni consola.

Al santo Padre no se le puede volver la espalda; abierta la puerta entramos y

haciendo cada cual la mayor reverencia que podía imaginar y moviéndonos de lado llegamos delante del Pontífice y nos arrodillamos.

Hasta entonces yo no había sentido emoción especial, solo la natural curiosidad y el deseo de contemplar tan excelso Pontífice; pero cuando estuve cerca y ví aquel ser vestido de blanco, y me atreví a contemplar su rostro, entonces sentí profunda y sincera emoción, suma de respetos, conjunto de sensaciones, afluencia mental de tantas y tan grandes cosas que resplandecían como aureola divina en aquella fisonomía color marfil, apenas material, con una dulzura de expresión verdadera y conjuntamente paternal y divina.

Empezó hablándonos en francés, y muy pronto, al enterarse de que cóm-

prendíamos el italiano, en italiano siguió haciéndanos diversas preguntas.

Todo muy importante porque lo decía Su Santidad; pero en sí mismo, de cosas muy sencillas y modcstas por referirse a nosotros; a mí me habló de Toledo; alguien, benévolamente, lo probable el embajador de España, le informaría, y alguien también, de Toledo, que siempre me considero como el predilecto; esto nada supone ni tiene valor para los demás, ni lo mencionaría a no ser para no limitarme sólo a oir y contar lo que con nuestra compañera de audiencia habló el Gran Pontífice, y que pudiera repetir palabra por palabra, aunque nunca con la delicadeza y tono suave y cariñoso que empleaba en esta ocasión el Pontífice.

Diálogo entre Su Santidad y la señora aristócrata:

—Este niño está estudiando seguramente.

—Si, Santo padre; está en el colegio de Jesuítas.

—¡Ils son maitres!

—Verdaderamente son los únicos, los mejores para la educación de la juventud.

—Todas las órdenes religiosas consagradas a la enseñanza, son igualmente excelentes.

—No lo dudo, pero ninguna...

Su Santidad, vivamente:

—Todas, todas son buenas; pero lo más importante sobre todo, es que las mismas madres se encarguen de formar el corazón de los hijos para el bien, (un momento de pausa) la misma madre.

. . . .

Cuando salí del vaticano iba pensando que la grandeza moral del Cristianismo no cabía en los límites de la Roma antigua; desbordando los muros, extendiéndose por toda la superficie del planeta, y cuando fuera necesario, la providencia nos concedería otros seres extraordinarios y divinos como León XIII, llamados a iluminar la senda que debemos seguir para nuestra perfección moral.

En plena juventud, a los veintiún años, residía en París. Mi padre me mandó para completar mi educación, y de todo hubo en la viña del señor: uvas, pámpanos y agrages.

La primer noche de mi llegada me llevaron mis ilustres compañeros de viaje a Mabille, que estaba en sus postrimerías. Conocí, desde luego, a las grandes artistas, a la Sarah Bernard, y a la Croisette, y a Judit, y a la Teo y a la Yvette Gilbert, pero todavía, aun después de ver la salida del sol en el Bois de Boulogne, tuve tiempo de asistir a las conferencias de Batbie y de Laboulaye y de Flammarión, y de asomarme por la

puerta entreabierta en el gran mundo. En París estaba cuando proclamaron rey a Don Alfonso XII, y en el Palacio de Castilla estuve a felicitarle.

Pudiera narrar doce mil sucedidos de los doce meses seguidos de mi vida parisién, pero el agua turbia necesita muchos años de tranquilidad y reposo para convertirse en pura linfa y se corre el riesgo al agitarla de que nuevamente se enturbie.

Veinticinco años después volví a París. Se celebraba una Exposición y llevé a mi hijo mayor para que participase de mis bienandanzas.

Un día, al atravesar el faubourt Montmartre, me encontré con mi gran amigo Antonio Vitórica acompañado de su hijo

Juan, que hoy tiene notoriedad nacional merecida, y, como es consiguiente, Antonio y yo nos dimos fuerte abrazo, y luego, sonriendo, cambiábamos la impresión de cuánto más valía este sencillo paseo con los hijos respectivos que ningún otro recuerdo del pasado.

Pocos años después, otra vez en París, yendo de paseo por el de las Acacias, con una hija mía, al ver pasar diferentes parejas en otros carruajes, recordaba otros tiempos; pero como final de mis pensamientos más íntimos, me decía: En la selva obscura, las flores, si existen, no tienen aroma.

He oído decir constantemente que nadie es profeta en su patria; lo niego en absoluto.

Como mi padre fué muchas veces diputado a Cortes y senador por la provincia de Toledo, parece que yo debía continuarle en la representación política y se realizó mi sueño de ser diputado de oposición verdadera por Toledo, a cuyo distrito pertenece nuestro pueblo, Bargas, pueblo de más de 4.000 almas. El Gobierno hasta transigía con que yo tuviese mayoría en mi pueblo, pero yo no transigía, lo quería todo: la unanimidad de los de abajo, los de enmedio y los de arriba. Mandaron agentes y guardias civiles, pero nada consiguieron, fueron todos los del pueblo a votar a las urnas; los enfermos graves en camilla, otros en sillones o en brazos de parientes o amigos; los ausentes hicieron el viaje necesario para acudir a la votación. Tuve la unanimidad—

y volví a tenerla cuantas veces me presenté—. Mi satisfacción en aquel día fué grandísima; me votaron porque me querían, porque sí, sin otra razón; había convivido verdaderamente con todos y había ganado su corazón como ellos el mío.

Ahora bien que yo no servía para político. Los de mi pueblo me querían de balde, los de otros pueblos en general para algo menos espiritual, más substancioso, que yo no quería amparar; nada extraordinario, lo que sucede en todas partes, vivir a costa del común, resolver los pleitos en sentido benévolo para los amigos, perseguir al que no pensaban como mis correligionarios.

Los políticos se llamaban a engaño con un diputado que no encausa ni molesta a ningún Ayuntamiento, tenga las

ideas que tenga, que no pide jamás la cesantía de los enemigos, que considera a los que tienen otras ideas. Me consideraron como si fuera un traidor de melodrama y tuvieron el buen sentido de preferir cualquiera más o menos documentado, y aun sin documentar, pero que se prestase sin discutir a las conveniencias más inconvenientes de sus parciales, que así se hace la política según la escuela clásica española. Nunca lo he lamentado ni creo que esos a quienes me refiero tampoco; especialmente los que han recogido en el arroyo algún mendrugo.

Aprendí una cosa. En España hay todavía buena fè y lealtad y perseverancia en las clases más humildes, y a medida que se asciende en la escala social, es más difícil encontrar quien tenga

la noción del honor. En la aristocracia y en la g-an finance, como individuos los hay excelentes, todos son Excelentísimos, pero cuando tratan de los asuntos públicos, la línea divisoria que separa lo propio de lo ajeno, apenas la distinguen. El bien público y su propio bien se confunden.

El Duque Próspero ha cedido el puesto definitivamente a Caliban y le ha concedido la mano de su hija para su hijo primogénito y todo se legitima.

El final se acerca; los bárbaros no están en la frontera, sino dentro de casa. Sin duda este pedazo de Europa necesita como la tierra laborable, muchos siglos de descanso para poder volver a ser fecundo.

Todo ha fracasado, incluso el libre albedrío humano, que lleva un siglo

disparatando y sin saber lo que quiere ni donde se encamina.

Hay que confiar en qne la marcha de la sociedad tenga un impulso evolutivo que venga de más alto para tener alguna esperanza en el porvenir.

Todo lo cual no obsta para que los de mi lugar me proporcionaran un día de gran placer, que yo no quiero olvidar.

Cuando era niño mi madre me llevaba con ella a todas partes, y como era verdaderamente piadosa, recorrí en su dulce compañía todas las iglesias de la corte.

Una vez por lo menos mensualmente, visitábamos la ermita de la Virgen de la Paloma. Un atrio reducido daba acceso a una pobre capilla: todo vetusto, sombrío, pobre.

Después de la muerte de mi madre no recuerdo haber tornado a visitar la iglesia; mi padre, de rectitud moral indiscutible, no era un fervoroso. Si algún beato hubiera querido notar deficiencias en su celo religioso se hubiera inter-

puesto el ángel de la caridad para defenderle.

Medio siglo acaso de mi vida lo pasé sin visitar la capilla de la Virgen de la Paloma.

Una mañana, no hace muchos años, vino a buscarme un sujeto que se ocupa de compra y venta de cuadros antiguos y recorrimos aquellos barrios del distrito de la Latina, el más plebeyo de Madrid conjuntamente con el de la Inclusa.

Mi sorpresa al llegar a la puerta del templo fué enorme; aquel edificio no era el que yo recordaba haber visitado de niño. Estaba en el mismo sitio, pero cuán distinta la fachada y el interior. ¡Cuánto mármol! ¡cuánto bronce! ¡cuánta luz! ¡cuánto color! ¡cuánto chirimbolo decorativo!

Por un movimiento instintivo pensé en la fuga inmediata, pero al echar una ojeada a la gente allí reunida, contemplé con asombro placentero, que mi hija menor se encontraba allí con una persona de la familia que la acompaña con frecuencia.

Me senté en uno de los bancos para esperar que concluyeran los rezos de mi hija; y en tanto me puse a examinar los concurrentes.

Un altarcito independiente, situado a la derecha del altar mayor,estaba consagrado exclusivamente a la Virgen de la Paloma; podría decirse que era un ascua de oro, tantas luces le adornaban y enaltecían.

Pero había algo más importante, más solemne, más grande que la ermita: una docena de mujeres del pueblo, y al-

gunas de clase más distinguida, llevando en brazos o teniendo cercano el hijo.

Caras de colores del marfil, tristes, extenuadas, ojos con anillos cárdenos en que rutilaban puntos luminosos, labios trémulos, mejillas escaldadas por el llanto, manos que se extendian pidiendo compasión... ¡Cuánto dolor sin otra esperanza que la divina intercesión de la Virgen!

Virgen de la Paloma, Madre de las madres, mi hija, la que expontáneamente viene a buscarte, perdió la suya desde el nacer, el acaso nos une aquí, extiende sobre ella tu manto para defenderla del mal.

Al salir del templo en compañía de mi hija, me sentí completamente dichoso.

Mi hija se parecía a mi madre.

Hay un rincón sagrado en mi casona de Solares, mirando al Mediodía, resguardado de los vientos, en el extremo de la galería de pilastras de piedra toscamente labradas que sostienen la fachada principal del edificio.

Una parra decora la casa entera, y bajo el alero anidan las golondrinas.

Cuando pudimos llevar a mi hijo desde Bilbao para reponerse del grave mal que le puso en peligro de muerte en aquel rincón, ciframos esperanzas que Dios quiso no se defraudaran. El sol, el aire oxigenado, la dulzura del clima, la tranquilidad del espíritu y el amor de

todos, realizaron el milagro de devolverle la salud.

Tanto sufrió, tanto sufrimos, que no comprendo cómo pude seguir viviendo.

La alegría de verle recuperar la salud, ha sido, sin duda, la mayor de mi vida.

He tenido un gran amor en la vida; Toledo, y en mi adolescencia especialmente, una gran parte del año, conseguía convivir con la ciudad amada.

Horas felices fueron aquéllas, en las que pudiera decir que me escapaba de la casa para refugiarme en la catedral, y allí oculto en cualquier rincón seguía atentamente los rezos del coro, la música del órgano y en mi fantasía combinaba las celestiales armonías con los rayos de luz solar que, al atravesar los rosetones y ventanales de vidrios de colores se transformaban en luminosos tapices tendidos al pie de los altares.

Sin ser místico su beato, por compo-

tiendas del acaso visité sucesivamente la mayor parte de los Conventos y nadie que no haya realizado esta empresa podrá imaginar las cosas y los seres que viven en esta penumbra silenciosa y olvidada.

He leído que en los abismos del mar hay organismos que no se puede saber si pertenecen a la fauna o a la flora, formas indecisas, ensayos de vidas imperfectas, extrañas, ridículas, monstruosas.

Están más lejos del mundo y de la vida que los abismos del mar, los Conventos del Toledo de mi adolescencia. Yo me imaginaba que las figuras de aquellas tablas de los primitivos, se habían despegado y actuaban en aquellas capillas de los Conventos conservando la mirada triste, las oblongas caras, las manos afiladas, el cuerpo demacra-

do, viviendo en la abstinencia y en el dolor, encerrados entre aquellos tristes muros de ladrillo y mampostería, donde si existe estrecha ventana se cubre de pesada cortina para impedir que penetre al interior la bendita luz del sol.

Y en las calles, solitarias absolutamente en el estio, ¡qué contraste! todo luz, todo fuego. Desde hace muchos siglos, las aves de toda clase de categorías han tomado posesión de campanarios, torrecillas, aleros, cornisas, cúpulas y lucernarios, y en el cielo a distintas horas vuelan en giros rápidos, aguiluchos, alcotanes, lechuzas y mochuelos, otras veces bandadas de palomas, y cuando más abrasan los rayos solares, los aristocráticos vencejos y los aviones condenados a no posarse en el suelo como algunos seres humanos imposibilitados por la

misma extensión de las alas de levantar el vuelo, y las modestas golondrinas, enseñando a sus hijos a volar y en los tejados hallan refugio millares y millares de plebeyos gorriones, siempre en acecho de lo que desean sin moral alguna, robando el trigo a las palomas y el alpiste a los enjaulados canarios o jilgueros y hasta a los pobres polluelos en los corrales, en cuanto se descuidan las gallinas. En algunas horas del día Toledo es el reino de las aves, un reino de alegría, de vida intensa, de amor inefable.

Cerca de mi casa, en un huerto reducidísimo, pasaba muchos ratos. Este huerto como tantos otros no tenía ni plan ni concierto, mi propósito de pro-

ducir ninguna emoción artística. Y precisamente, por esto le prefería; matas de don Diegos, y cuadros de alelíes y minutisas y espuelas de caballero, pensamientos multicolores y de farolitos amarillos y lirios y nardos y azucenas y claveles según las estaciones, y esas otras plantas cuyo hombre familiar ignoro, plantas carnosas repulsivas, con espinas, de verdor gris, sin consistencia, dejándose caer pesadamente de los tiestos colocados en los alfeizares de las ventanas para sorprendernos en un momento dado con flores de extraordinaria belleza y, sobre todo, una reja y un rosal trepador que unía hierros y vástagos juntándoles perdurablemente en estrecho abrazo.

Colocado a la sombra de una parra muy tupida permanecía horas y horas

sin apenas moverme ni ocasionar el menor ruído.

Y entonces se acercaban las palomas hasta posarse en mi hombro y por entre las grietas del vetusto muro asomaban las cabecitas verdosas de las salamanquesas y docenas de mariposas giraban alrededor de las flores y unos insectos de brillante color, panzudos y con alas cristalinas danzaban en el aire acercándose a los calices de las flores para introducir en el polen el tubo de absorción con que extraen el jugo y mirando al suelo observaba rayas que eran veredas de hormigas que éstas seguían con determinados, aunque para mí desconocidos afanes.

¡Cuánta luz! ¡cuánta vida!, hubo momento en que olvidaba la mía propia y dejaba de ser para confundirme con la

vida total de aquel huerto ignorado.

Toledo fué el gran amor de mi juventud y con Casilda he conversado a la sombra de la frondosa parra, encontrando natural y sencilla la conversión de los panes de la caridad en rosas celestiales.

¿Existe el rayo de luz verde?

¿En qué consiste?

Muy sencillo; mirando a lo lejos en el mar, sabemos que antes se ven los mástiles y las velas de un barco que su casco, porque como no se trata de una superficie plana, sino formando la curva correspondiente a la distancia que nos encontramos del objeto que deseamos ver, cuando se pone el sol en el mar en un día despejado, al sumergirse hay un último momento en que la luz solar, el último rayo, atraviesa la porción de agua correspondiente a la cuerda del arco situada bajo ella. Entonces se combina el rayo dorado y el azul del agua, y nuestra retina percibe el color verde.

¿Existe el rayo de luz verde?

Debo afirmarlo; debo decir; yo lo he visto verde desde el acantilado del Cabo Mayor, donde se asienta el faro, orillas del Cantábrico, en Santander.

Fué realidad o fuí sugestionado por los que iban conmigo con este único objeto; fueron los ojos de la cara o los del deseo los que pudieron apoderarse del momento fugaz, de la parcela de segundo aprovechable para percibir el fenómeno.

Tengo entendido que la instantaneidad no puede existir en el organismo; hace falta un tiempo de transmisión al cerebro y un tiempo para extender el recibo de un modo consciente.

Reflexionando más tarde, he dudado, no tengo la certidumbre, tuve acaso solo la ilusión.

Es posible, es seguro que si la misma persona que me dijo: mira el rayo de luz verde, me hubiera dicho, mira el rayo de luz morada que ahora pasa, lo mismo hubiera yo creído y afirmado.

En las tristes sombras del pensamiento surgió en determinado momento un punto luminoso y volvió a desaparecer enseguida.

Así es la dicha: el rayo de luz verde, un punto luminoso, el segundo de un segundo, el vértice del ángulo, cero, nada.

La única realidad del rayo de luz verde consistía en la fé ciega que me inspiraba quien me afirmó su existencia.

POST SCRIPTUM

Me propuse al escribir este libro el intento, que acaso no he podido realizar, de hallar fórmulas de armonía para conservar las esencias de la religión con todos los convencimientos que impone la razón en las ciencias.

No admito contradicción definitiva posible entre la ciencia y la religión, no quiero admitirla, porque estimo que el día en que se acaben las creencias religiosas concretadas en una u otra forma, ni el mundo material ni el moral tienen razón de existir.

Dios y su obra pueden estar, deben estar en posible comunicación directa y

hay otra forma de convencimiento además, distinta de la observación sexual y la comprobación racional, que es el casillero donde solo podemos clasificar nuestras observaciones de la realidad y el juicio que por comparación emitimos.

Limitada nuestra, inteligencia, deficientes y torpes los sentidos, pueden de consuno engañarnos, y cuando la revelación y los misterios no se ajustan a nuestros deseos de conocer se debe creer, esperar, confira, hasta que la contradicción aparente desaparezca.

En definitiva deseo no amargar lo que es ya tan amargo, no entristecer lo que ya es tan triste.

NOTA DE LA IMPRENTA

—

Hemos advertido después de hecha la tirada algunas erratas, principalmente en los últimos pliegos. No hemos considerado preciso hacer fé de erratas confiando en la perspicacia del lector, pero como atenuación de la falta diremos que ha sido necesario precipitar los trabajos por tener que ausentarse de Madrid el autor.







UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 115450899